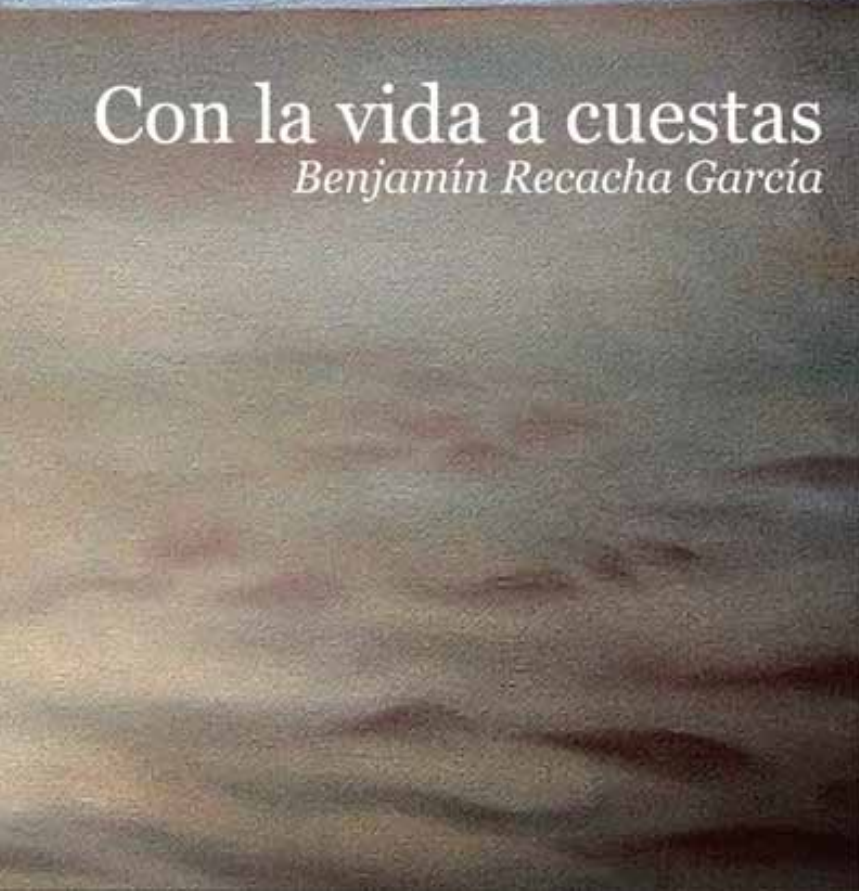




Con la vida auestas

Benjamín Recacha García



© Benjamín Recacha García, 2015

1.^a edición: abril de 2015

<http://benjaminrecacha.com>

Diseño de cubierta:

Fran y Benjamín Recacha

Ilustraciones de la cubierta:

Fran Recacha

ISBN: 978-84-606-7604-1

Depósito legal: B-11722-2015

“Tenía casi sesenta años, y no sabía cuánto tiempo me quedaba. Quizás veinte años más; puede que sólo unos meses. Fuera cual fuera el pronóstico, lo más importante era no dar nada por hecho. Como estaba vivo tenía que encontrar la manera de comenzar a vivir de nuevo y, aunque no tuviera demasiado tiempo, no podía quedarme sentado esperando el final”.

Paul Auster, *Locuras de Brooklyn*

“... los pequeños momentos arañan nuestras retinas, dejando cicatrices que sólo se entienden desde la sonrisa a destiempo y la nostalgia cotidiana. (...) Crean grandes recuerdos y, cuando tenemos la necesidad y el privilegio de echar de menos, es cuando nos damos cuenta de que ese es el mejor regalo que nos han hecho nunca”.

Ramón Betancor, *Colgados del suelo*

“Íñigo comenzó la búsqueda. Lo había planificado todo con sumo cuidado. Encontraría al hombre de seis dedos. Se le acercaría y le diría sencillamente: «Hola, me llamo Íñigo Montoya, tú mataste a mi padre, disponte a morir», y entonces, oh, entonces, comenzaría el duelo”.

William Goldman, *La princesa prometida*

Nota del autor

Estás a punto de empezar a leer una novela como tantas otras, con planteamiento, nudo y desenlace; un protagonista, una coprotagonista y personajes secundarios que les plantean conflictos.

Cada libro es único y especial, pero éste, además, tiene una peculiaridad no muy habitual en las obras de narrativa: incluye contenidos “extra”.

Me explico. Escribí la novela con la idea de crear diversos personajes secundarios que interactuasen con más o menos intensidad con el protagonista, Alberto. A la mayoría los doté de una historia personal que no tenía por qué ser significativa para la trama principal, aunque sí estaba relacionada con la idea fundamental del relato: todos cargamos con una vida a cuestas.

El caso es que esos personajes y sus historias ganaron quizás demasiada presencia, con lo que corría el riesgo de distraer más de la cuenta a algún que otro lector.

Durante el proceso de edición decidí que esas historias secundarias no podían desaparecer, porque aunque a algunos de mis “lectores cobaya” en efecto les estorbaban, a otros les gustaron, las consideraron incluso un punto fuerte de la novela. Así que tomé una decisión intermedia y creo que bastante original: las ubicaría al final del libro, para que quien quisiera leerlas pudiera hacerlo siguiendo una referencia desde el punto donde las situé en un principio. De este modo, quien prefiriese no prestarles atención podría continuar con la lectura lineal.

Con la vida a cuestas, pues, tiene 256 o 286 páginas. Vosotros decidís.

En realidad, acabará teniendo más, porque durante los próximos meses iré incorporando contenidos adicionales en el blog de la novela: elviajeaalgunaparte.wordpress.com. Me encantará veros por allí.

Que disfrutéis de la lectura.

Benjamín Recacha García
8 de abril de 2015

Dolor

1. La decisión

Hacía seis meses que Alberto había perdido a su hijo. Un accidente de tráfico terrible provocado por un coche que se puso a adelantar donde no debía. Alberto se lo encontró de frente, a 80 kilómetros por hora, sin posibilidad siquiera de dar un volantazo. Pasó dos semanas en coma y dos meses más en el hospital recuperándose de múltiples fracturas y varias operaciones.

La semana anterior a recibir el alta María le dijo que se marchaba, que no podía soportar el dolor que le producía continuar juntos en un hogar vacío, porque así lo sentía, vacío sin Eloy.

— No seré capaz de recuperar las ganas de vivir y acabaré muriendo. No te culpo de lo que pasó, ni te pido que me comprendas, pero nuestra vida en común ya es imposible.

Alberto escuchó a la que había sido su pareja desde los veinte años. No respondió ni intentó detenerla cuando salió por la puerta de la habitación. No sentía nada. Desde el accidente no había sentido nada. Era como si estuviera viviendo la vida de otra persona, como si aquel cuerpo postrado en una cama de hospital no fuera suyo y aquello fuera un paréntesis en su vida real. Cuando saliera de allí todo volvería a la normalidad. Regresaría a casa y allí estarían María y Eloy.

Pero no fue así. El día que su hermana lo fue a buscar algo empezó a fallar. Sintió que algo se le rompía por dentro. Un crujido profundo, intenso.

— Adela, no estoy bien. No puedo salir de aquí todavía — murmuró. Estaba temblando. Su hermana lo abrazó y él rompió a llorar.

Adela se instalaría con él por unos días, hasta que fuera capaz de desenvolverse por sí mismo, pero a los cinco minutos de entrar en casa comprendió por fin las palabras de María. Sería incapaz de recuperar las ganas de vivir. “Vámonos de aquí”. El instinto de supervivencia había hablado por él, así que acabó mudándose a casa de su hermana.

Un mes después de dejar el hospital regresó al trabajo. Pensó que tener la mente ocupada le ayudaría a salir del pozo de tristeza y apatía en que se hallaba atrapado. En casa de Adela lo trataban muy bien,

y aunque tener cerca a su sobrina, una adorable niña de cinco años, le dibujaba una sonrisa de vez en cuando, la mayor parte del tiempo le recordaba demasiado a su hijo perdido. Cuando el dolor se hacía insoportable tenía que huir a la calle, donde deambulaba sin rumbo durante horas. Así que hizo de tripas corazón y volvió a la oficina. Por poco tiempo, pues a las pocas semanas lo despidieron acogiéndose a un ERE.

Seis meses después del accidente, ahí estaba, sentado frente a la pantalla del ordenador, con los dedos sobre el teclado, escribiendo la primera entrada de un blog de Wordpress con la configuración por defecto.

“Me acabo de quedar en paro. Mi mujer me ha abandonado. Mi hijo de seis años murió en un accidente de tráfico. No sé si voy a ser capaz de salir adelante. En realidad, no sé si quiero salir adelante. Mi vida ahora mismo es lo suficientemente detestable como para no tener ilusión por vivirla.

No me apetece especialmente estar aquí, pero, respondiendo a un impulso, he sentido la necesidad de desahogarme y por eso me he puesto a teclear. No sé si volveré a hacerlo.

Llevaba medio año sin hacer nada de forma impulsiva. ¿Será una buena señal? ¿Significará que me queda fuerza vital en esta alma destrozada? Quienquiera que lea esta estupidez quizás no lo descubra nunca... Puede que ni yo mismo lo haga.”

Se había trasladado a un estudio de alquiler. Su hermana, agente inmobiliaria milagrosamente con trabajo, se había encargado de encontrar un inquilino para su casa, ubicada en un barrio residencial a las afueras de Barcelona. Alberto tenía claro que no pensaba volver al que había sido el hogar de su familia. Recuperó cuatro cosas y le dijo a Adela que hiciera lo que quisiera con el resto. En algún momento de los meses anteriores María se había llevado lo suyo y buena parte de lo que pudiera recordar a Eloy.

Mientras releía el post que acababa de publicar y valoraba la opción de borrarlo, se sorprendió tarareando la canción que sonaba en la radio. “Dejarse llevar suena demasiado bien. Jugar al azar, nunca saber dónde puedes terminar... o empezar...” ¿Pretendía comunicarle algo? Acabó de escuchar el tema completo, ‘Copenhague’, de Vetusta Morla, y tuvo un nuevo impulso. Se levantó de la silla y corrió a la librería donde su hermana había colocado el gran atlas que él no se habría molestado en recuperar. Lo puso sobre la mesa, buscó la doble

página con el mapa político de la Península Ibérica, cerró los ojos y señaló un punto con el dedo... “Villafranca del Bierzo... Siempre había querido visitar León. Pues allá voy”.

Para volver a dar una oportunidad a la vida tenía que empezar de cero. Adela lo entendería. Era la persona más comprensiva del mundo.

De no ser por Adela, Alberto estaba seguro de que no habría sido capaz de volver a abrir los ojos a la vida. Seguía viéndola a diario; comían juntos y hablaban de temas intrascendentes, aunque ambos sabían que el recuerdo doloroso continuaba latente, dispuesto a salir a la superficie con la mínima excusa. A Adela le dolía en el alma contemplar aquella mirada vacía de esperanza, y ahora no se quedaba nada tranquila dejando marchar solo a su hermano. No le convencía en absoluto la justificación que había utilizado para poner tierra de por medio. Comprendía que quisiera olvidar, alejarse del lugar que le recordaba continuamente que había sido padre y compañero. Y ya lo había hecho: se había mudado. Entendía que necesitara más tiempo para reflexionar, incluso le parecía bien que se tomara unas vacaciones. Pero aquello no eran unas vacaciones. Se iba, quizás para siempre, y no sólo le entristecía que pusiera distancia entre ellos, sino que le preocupaba que el recuerdo doloroso del que huía lo pudiera atrapar por sorpresa donde no tendría a su hermana para apoyarse.

—No me voy a otro planeta. Estaremos en contacto continuamente. Os enviaré fotos y, quién sabe, si me instalo por un tiempo podéis venir a verme en vacaciones.

—Ojalá. Sabes que nada me haría más feliz que recuperaras la ilusión. Por eso no puedo oponerme a que te vayas. Aunque me duela, me alegro porque vas a hacer algo que requiere un gran esfuerzo de voluntad, y eso es buena señal.

Con la indemnización por el despido y la del accidente, y el ingreso mensual del alquiler de su casa tenía recursos económicos suficientes para ir tirando, y Alberto no planeaba lanzarse a una vida de lujo y despilfarro.

—¿Y cómo te vas?

—En coche.

—Pero... —Adela no se atrevía a recordarle el accidente, pero su hermano no había vuelto a conducir desde entonces.

—No te preocupes, iré con cuidado. Si pretendo recuperar la normalidad va siendo hora de volver al volante.

— ¿Y con qué coche?

— Me he comprado un Ibiza de segunda mano. Apenas tiene 15.000 kilómetros. Está casi nuevo. — Hizo una pausa y tomó las manos de su hermana —. Mira, por mucho que cueste, no quiero seguir siendo el pobre desgraciado que ha perdido a su hijo y al que ha abandonado su mujer.

— Cúidate. Te quiero, lo sabes, ¿verdad? — Alberto era la persona a la que más admiraba en el mundo. Él sentía ese amor incondicional en su mirada, triste por no poder hacer nada más para reconfortarlo.

— Claro que lo sé.

— Bien, pues ¡que no se te ocurra desaparecer del mapa!

No pudo ocultar las lágrimas por más tiempo. Alberto la rodeó con los brazos y sintió que el amor de su hermana era un buen motivo para salir adelante.

— Estaré bien — susurró al tiempo que le besaba el pelo.

Pensó en lo fuerte que era aquella mujer pese a su aspecto delicado. Siempre había sido ella la que miraba de frente a la vida, asumiendo los golpes antes que nadie y abriéndose camino. Lo hizo cuando enfermó su madre, cuando poco después un infarto fulminante se llevó a su padre, y ahora lo había vuelto a hacer, cuidando de su hermano mayor.

2. La partida

Aquel 14 de mayo hacía un día ideal para iniciar un viaje por carretera. La primavera aparecía en todo su esplendor tras una semana de lluvias y frío. Alberto había cargado una maleta y una mochila con el portátil en el coche y arrancó rumbo a León. No había hecho planes ni reservado alojamiento alguno. Cuando llegara a Villafranca buscaría dónde instalarse. No tenía prisa, así que probablemente haría alguna parada intermedia, quizás en La Rioja o en Soria.

Aunque un par de días antes ya había conducido por ciudad, no era lo mismo salir a carretera abierta, con todos aquellos vehículos rodando a toda velocidad. Al tomar la autovía en dirección Lleida se sentía como un conductor novato, casi incapaz de mantener la trayectoria. A medida que aumentaba la velocidad el coche se le iba hacia los lados. No podía controlar el volante, y al ver que el velocímetro marcaba 80 kilómetros por hora sintió vértigo. Se pegó a la derecha, y pronto se encontró con un camión delante que avanzaba con lentitud exasperante. Los otros coches pasaban a toda velocidad por su izquierda, y su falta de decisión para adelantar provocaba que los que llevaba detrás se le avanzaran. Estaba seguro de que los otros conductores se burlaban de él y empezó a sudar por los nervios. Estaba bloqueado. Tenía la sensación de llevar a Eloy en el asiento de atrás y era incapaz de iniciar la maniobra de adelantamiento. Los nervios estaban mutando en una ansiedad creciente, y así estuvo un rato que se le hizo eterno, hasta que, con gran alivio, avistó un área de servicio.

“Entra ahí, te tomas algo tranquilamente y te relajas. Tenemos un largo camino por delante y no vas a abandonar a la primera dificultad”.

La cafetería estaba prácticamente vacía. Pidió una caña de crema y chocolate y un café con leche y se sentó en una mesa junto al ventanal que daba al aparcamiento. En una esquina vio la pegatina que informaba de que el local disponía de red wi-fi gratuita y sacó el portátil de la mochila. Le iría bien tratar de distraerse un rato.

Abrió el correo y se sorprendió sintiendo un pellizquito de entusiasmo al comprobar que tenía dos notificaciones de Wordpress: ‘A

Lorena le ha gustado tu entrada' y 'Lorena ha comentado tu entrada'. Inmediatamente abrió la segunda:

"Hola, lamento que la vida te esté maltratando de la manera que cuentas. Evidentemente, no voy a poder paliar tu dolor, pero quiero que sepas que no estás solo, que hay mucha gente que busca sentido a su existencia, que busca las razones que le empujen a un nuevo comienzo. Escribir es una buena terapia. A mí me funciona. También me han abandonado y, como tú, tampoco sabía si tendría fuerzas para seguir adelante... No sé si leerás mi comentario, pero si lo haces te repito que no estás solo. Un abrazo".

Alberto estuvo tentado de responder: "Estoy atrapado en un área de servicio, incapaz de continuar el viaje con el que pretendo descubrir algún sentido a mi vida. Creía que podría hacerlo, pero no puedo engañarme: conducir es demasiado doloroso". En lugar de eso, pulsó sobre el nombre de la visitante cuyo avatar mostraba el rostro de Susan Sarandon caracterizada como Louise y aterrizó en 'Un paseo por la vida'.

3. Lorena

Lorena tenía tres empleos: por las mañanas limpiaba en el aeropuerto de El Prat. Cuatro horas de lunes a viernes. Por las tardes atendía en una tienda de ropa de L'Hospitalet de Llobregat, y los fines de semana era encargada en una panadería del centro de Barcelona.

La tarde del domingo era el único momento libre de la semana, que aprovechaba para estar con su hijo Raúl, que acababa de cumplir cinco años. Tenía la sensación de que no lo estaba criando ella. Suerte de sus padres... Pero tampoco había otra opción. No en aquel momento de su vida. Necesitaba el dinero; tres empleos que le proporcionaban poco más de mil euros mensuales que necesitaba hasta el último céntimo. No se quejaba. De hecho, en aquel momento de su vida, agradecía esa sobreocupación. Desde que el cabronazo de Matías la dejara, sin explicación, no podía pasar más de cinco minutos a solas sin empezar a martirizarse. Necesitaba mantenerse ocupada. Lo peor eran las noches. No se acostumbraba a dormir sola en una cama tan grande, y aunque permitía a Raúl dormir con ella, no era lo mismo. Sí, sabía que estaba educando a un niño consentido, un niño que dormía con su madre y al que sus abuelos le concedían todos los caprichos. No tenía fuerzas para enfrentarse a ello, no en aquel momento de su vida. ¿Quién podía reprocharle a un niño de cinco años que no se acostumbrara al abandono de su padre? “¿Cuándo volverá papá?”, le preguntaba cada noche. “No lo sé... Ha tenido que marcharse a trabajar muy lejos”. Una mentira que el propio niño sabía que lo era, pero que evitaba a Lorena tener que dar explicaciones que no quería, no en aquel momento de su vida.

Estaba cabreada. Odiaba a aquel desgraciado..., pero quería superarlo. Él no se merecía tener el poder de condicionar su vida. Requeriría su tiempo. De momento, se encontraba en la fase de no querer pensar en él, y si bien no siempre lo conseguía, procuraba mantener su mente ocupada. En el trabajo era fácil distraerse, y estar en contacto con otras personas le ayudaba. Pero en casa tenía que buscar algo.

La televisión le producía náuseas, con la lectura acababa por desviar la mente hacia su tragedia personal, escuchar música o la radio también eran actividades solitarias que acababan fracasando. La solución la encontró en la escritura y, concretamente, en la escritura por Internet. Una noche empezó a expresar sus inquietudes sobre un papel y al acabar se sintió liberada, así que llegó a la conclusión de que quizás compartiéndolas con más gente la terapia sería más efectiva. Y eso hizo. Abrió un blog para, al principio, poner a parir a su ex y, conforme iba escribiendo artículos, exponer todo tipo de pensamientos. Tras cada “sesión” se iba a dormir mucho más relajada, y por la mañana iniciaba la rutina diaria pensando en lo que escribiría por la noche.

Pronto se dio cuenta de que otras identidades virtuales, personas que en su mayoría ocultaban sus miedos e inseguridades tras imágenes y nombres falsos, que se refugiaban en la compañía a distancia, se interesaban por lo que ella escribía, hasta que alrededor de su “paseo por la vida” se conformó una comunidad numerosa de almas maltratadas, desconsoladas, desesperanzadas, necesitadas de comprensión. De esta forma, Lorena se convirtió sin pretenderlo en una especie de consejera vital a cuyas palabras se agarraban para querer volver a creer en su futuro. Y eso, definitivamente, le ayudó a recuperar la confianza y la seguridad en sí misma.

Aquella noche, en su habitual ronda por la blogosfera, descubrió por casualidad a una nueva alma perdida. Su historia era terrible: su hijo había muerto en un accidente, su mujer lo había dejado y para colmo acababa de quedarse en paro. ¿Cómo confortar a alguien que lo ha perdido todo? Le dejó un mensaje. Con otras personas había funcionado. Sentir que no estás solo, que hay más gente que conoce el sabor del dolor para el que no existe analgésico que funcione, es el primer paso para agarrarse al hilo con el que coser las heridas. A ella le había servido. A muchos de sus amigos virtuales también, pero no recordaba un caso tan terrible como el de aquel anónimo que acababa de abrir un blog sin título, sin datos de contacto, sin nada más que aquel texto que ella tomó como un grito de auxilio, ahogado, casi sin intención de que fuera escuchado, que parecía escrito más para sí mismo que para ser leído por otros. Pero cuando uno publica algo en Internet sabe que, por vasta que sea la red, cabe la posibilidad de que se cruce en el camino de alguien.

4. El primer encuentro

Las mesas del área de servicio empezaron a abarrotarse de viajeros que necesitaban llenar el estómago antes de proseguir su ruta. Mientras, Alberto había quedado abducido por las historias que explicaban los parroquianos del blog de Lorena. Nunca habría imaginado que hubiera tanta gente necesitada de exponer sus tragedias personales.

Alberto estuvo tentado de dejar su propio comentario, pero no acababa de decidirse y al apartar la vista de la pantalla durante un instante se dio cuenta de que hacía mucho que no era el único cliente del local. Comprobó la hora en el portátil y no pudo creer que ya llevara tanto tiempo allí.

—Qué tal, amigo. Ni siquiera a la hora de comer podemos olvidarnos del trabajo, ¿eh?

Un hombre que debía de tener entre cuarenta y sesenta años, imposible de determinar porque era de aquellas personas que en un momento de su vida se hinchan por todas partes y ya no cambian de aspecto, se sentó justo enfrente de él.

—No le importa que me sienta aquí, ¿verdad? Están todas las mesas ocupadas y como he visto que en ésta sólo había una persona, he aprovechado la oportunidad, antes de que se me adelantara otro.

Era un hombre bajo y corpulento, demasiado corpulento para el traje en el que iba embutido. Antes de acabar de instalarse se quitó trabajosamente la americana, que colgó del respaldo de la silla. La camisa blanca mostraba dos grandes zonas mojadas alrededor de las axilas y tenía la cara redonda alarmanamente colorada.

Alberto habría preferido continuar solo. Esperó que al menos no pretendiera darle conversación.

—Hace calor, ¿eh? Pero se agradece, después de tantos días lloviendo. Por fin ha llegado la primavera —sentenció el desconocido, mostrando una sonrisa radiante bajo un mostacho que sostenía una nariz redonda como una patata—. Dígame, amigo. ¿A qué se dedica?

Alberto hizo una mueca de fastidio y empezó a pensar en cómo librarse de aquel tipo sin parecer un maleducado.

—Ya veo. Es un hombre de pocas palabras. No se preocupe, que yo tengo por los dos —y estalló en una estruendosa carcajada que resonó en todo el restaurante, provocando que varias cabezas se giraran en busca de su procedencia. Al tipo no pareció importarle mucho—. Permítame que me presente. Soy Miguel Luján, agente comercial especializado en máquinas de café.

Dicho esto, se echó hacia adelante para acercarse a su compañero de mesa, dispuesto a compartir algún valioso secreto.

—¿Ve aquella máquina detrás de la barra? —susurró y, mirando fijamente a los ojos de Alberto con los suyos bien abiertos y las cejas arqueadas, se fue retirando hacia su postura inicial mientras se señalaba el pecho con ambos dedos índice.

El fastidio empezó a dejar paso al desconcierto. Aquel hombre descarado parecía un personaje de teleserie que había escapado del guión, resistiéndose a caer en el olvido de un cajón.

—Y, dígame, ¿con quién tengo el placer de compartir mesa y qué es eso tan importante que le impide siquiera tomarse unos minutos de descanso para reponer fuerzas? Déjeme adivinar...

El comercial cerró los ojos y, con los codos apoyados en la mesa, empezó a frotarse las sienes, hasta que al cabo de unos segundos volvió a abrirlos y, señalando a su vecino, sentenció:

—Es un escritor famoso, de éstos que se empapan de la realidad cotidiana para crear sus mejores obras. —Entonces calló de golpe y lanzó una mirada de complicidad a Alberto antes de proseguir—. Oh, disculpe. Qué torpe soy. No me he dado cuenta hasta ahora de que he interrumpido su momento de inspiración. Siga, siga, no se preocupe por mí. Le prometo que no volveré a molestarle.

Por un momento Alberto respiró aliviado, aunque enseguida cayó en la cuenta de que no tenía sentido seguir buceando en aquel “paseo por la vida”. Tenía que comer algo y, sobre todo, tenía que afrontar el serio problema en el que se encontraba: no iba a ser capaz de continuar con el viaje al volante. Cerró el portátil y siguió con la mirada a aquel tipo tan curioso, que parecía ajeno al desaliento. Se había levantado para llenar su bandeja en el *self-service* y ya estaba conversando con la mujer que le precedía en la cola. Alberto se sorprendió sonriendo.

Se levantó en busca de un bocadillo de jamón y una cerveza y cuando regresó a la mesa se encontró con el agente comercial devorando animadamente un plato de macarrones con queso que no tenían aspecto de ser precisamente deliciosos. Después le tocaría el

turno a las albóndigas a la jardinera y a una generosa porción de tarta de chocolate.

— ¡Hombre, mi amigo escritor ha decidido llenar el buche! Bien hecho, pero... ¿Un bocadillo? Perdona que le diga que ésa no es manera de alimentarse. ¿Por qué no se pide un menú? Mire — dijo señalando orgulloso el plato ya huérfano de macarrones—. 9,95. Conozco a una de las cocineras y le aseguro que sólo utilizan productos de calidad.

Alberto miró con desconfianza las albóndigas y se reafirmó en la decisión de haber elegido el bocadillo de jamón con queso brie fundido.

— Prefiero el bocadillo. No tengo mucha hambre.

Miguel Luján quedó petrificado durante un segundo; como si aquellas palabras hubieran surgido de una estatua. Pero acto seguido volvió a mostrar su radiante sonrisa y celebró con entusiasmo que su compañero de mesa fuera capaz de hablar.

— Mira qué bien. El escritor también utiliza el lenguaje oral. Permítame que le diga que, pese a que por mi aspecto no lo pueda parecer, soy un excelente lector. He leído todas las novelas de Ian Fleming y de Agatha Christie varias veces. Mire... — Se puso a rebuscar en su maletín, del que extrajo tres libros: *Asesinato en el Orient Express*, *Muerte en el Nilo*, y *Goldfinger*—. Nunca salgo de casa sin mis detectives de confianza.

Soltó una nueva carcajada, guardó los libros y se puso a devorar las albóndigas, acompañándolas de generosos trozos de pan empapados en la salsa jardinera. Mientras, Alberto empezó a comerse el bocadillo sin demasiado entusiasmo.

— Dígame, ¿sobre qué trata su próxima novela? — preguntó Miguel Luján sin levantar la vista del plato—. Por cierto, ¿me va a decir usted su nombre o es que viaja de incógnito?

— Me llamo Alberto y siento decirle que no soy escritor.

No fue una respuesta muy amable, aunque Alberto ya se había resignado a tener que aguantar durante un rato más al charlatán.

— Vaya... Bueno, no pasa nada. Encantado de conocerle, Alberto. — Dicho lo cual le alargó una mano rematada por cinco dedos cortos y regordetes, que Alberto encajó con desgana—. Entonces, si no es escritor como parece... a no ser que me esté engañando... — dijo con expresión perspicaz — ¿A qué se dedica?

Alberto suspiró y pensó: “En fin, un poco de charla no me va a matar”, antes de contestar:

– Me he quedado recientemente en paro y he decidido viajar en busca de nuevas oportunidades.

– Ah, sí, el paro... Menuda lacra. No pretendo hacerle hablar de política, pero permítame que le diga que no hay derecho a lo que está pasando en este país. Se lo digo así de claro. Llevo treinta años trabajando para la misma empresa, dotando de las mejores máquinas de café del mundo a miles de establecimientos de toda España. Siempre con la verdad por delante, recomendando a cada uno lo que se pudiera permitir sin renunciar a la mejor calidad, porque no se imagina la amplísima gama de máquinas que existe. Siempre había conseguido colocar máquinas de todos los precios, desde las más sencillas hasta las más sofisticadas, pasando por productos de gama media, como el de este restaurante, por ejemplo. Por cierto, no olvide tomarse un café. No lo habrá probado mejor en otra área de servicio. Bueno, sí, si son clientes míos, sí.

Volvió a reír sin atisbo de vergüenza por las miradas ajenas. Alberto, más que desconcertado, empezaba a sentirse fascinado por el desparpajo de aquel hombre sin complejos, que no dudaba en contarle su vida a un desconocido.

– Disculpe... Como le decía, desde hace cuatro o cinco años es imposible vender las máquinas de gama alta. Imposible del todo. Y la triste realidad es que ya sólo consigo colocar las más sencillas, y muy de vez en cuando. Tengo que recorrer el doble de establecimientos para vender una tercera parte que antes y a un precio más reducido, así que como se puede imaginar, actualmente no nado precisamente en la abundancia. Con los buenos ingresos que había llegado a tener...

– El velo de la nostalgia recorrió su mirada –. En fin, no queda otra que seguir trabajando, siempre con una sonrisa a punto, y en continua “reinvención” – sentenció con un deje sarcástico.

– En mi empresa hicieron un ERE, aprovechando que la reforma laboral les permitía despedir sin dar explicaciones, y aquí estoy, decidiendo qué hacer con mi vida.

“¿Por qué se lo cuentas?”, se preguntó.

– Van a dejar el país en la miseria más absoluta – lamentó el vendedor, moviendo la cabeza de un lado a otro para evidenciar su malestar –. Pero ¿sabe qué? – Y volvió a mirar a Alberto directamente a los ojos –. No podemos dejar que nos derroten. Hemos de seguir luchando cada día para tener una existencia digna. No podemos caer en el desánimo. Escúcheme, amigo. Eso es lo que quieren, que nos

desanimemos, que perdamos toda esperanza y aceptemos cualquier cosa que nos quieran imponer. Yo no permito que pase un día sin haber sonreído varias veces. Aunque reconozco que cada vez, conociendo historias como la suya, me cuesta más. En mis viajes tengo la oportunidad de cruzarme con todo tipo de personas, y últimamente no hago más que escuchar de esas bocas desconocidas y maltratadas por la vida verdaderos dramas. Lo único que yo les puedo ofrecer es comprensión, solidaridad... y sonrisas. — Bajó la mirada hacia el plato y engulló la penúltima albóndiga.

Alberto jamás habría imaginado que un tipo como aquél le pudiera generar cierta complicidad. Aunque le incomodaba su locuacidad, parecía un buen hombre; transparente y sincero. Tomó un sorbo de cerveza y siguió masticando pesadamente.

Miguel Luján estaba sumido en sus recuerdos. No había vuelto a abrir la boca más que para acabar con las albóndigas y sus complementos, y ahora estaba apurando la porción de tarta.

— Amigo, deje que lo invite a un café. Si le parece bien nos lo podemos tomar en la terraza. ¿Tiene usted prisa?

Desde luego que no, no tenía prisa alguna por volver a ponerse al volante, así que, “¿por qué no?”, aceptó la propuesta.

— ¿Y a dónde se dirige? Si es que me lo puede decir — preguntó el comercial una vez instalados junto a una mesa de plástico con vistas a un pequeño parque infantil y a la gasolinera.

— Verá... — Alberto atisbó de repente la solución a su problema. Era un plan totalmente improvisado y repleto de incertidumbre, pero decidió ponerlo en marcha —. El coche me ha dejado tirado. Lo compré recientemente, de segunda mano, y no consigo arrancarlo, así que voy a tener que llamar al servicio de asistencia para que me devuelva a Barcelona. Es una buena putada.

— A lo mejor podría acercarle a algún sitio.

Alberto había acertado en la suposición de que aquel hombre se ofrecería a llevarlo.

— No, no se preocupe, no quiero abusar de...

— Ni abusar ni leches. Dígame hacia dónde va y yo lo acerco todo lo que pueda.

— ¿Hacia dónde va usted?

— A donde me lleve la carretera. — Y esbozó una nueva sonrisa; la enésima del día.

— Mi idea era llegar a León, pero me conformo con hacerlo a Lleida.

Allí ya buscaré un sitio para pasar la noche y decidir qué hago cuando tenga la cabeza más despejada.

—¿Cómo que a Lleida? Usted y yo hoy cenamos en La Rioja. Me conozco los mejores rincones para comer bien y dormir a pierna suelta a buen precio.

Recordando los macarrones y las albóndigas Alberto no estaba seguro de que aquellas palabras fueran garantía de calidad, pero el objetivo estaba cumplido. Su plan espontáneo había echado a rodar y no tendría que conducir más para proseguir el viaje. Sólo le quedaba llamar a Adela para que recogiera el coche cuando pudiera. Le diría que no acababa de funcionar bien y que no quería arriesgarse a quedarse tirado en un viaje tan largo. Además, había conocido a un tipo extremadamente amable que se había ofrecido a llevarlo¹.

1. Para saber más sobre la historia personal de Miguel Luján, [lee el 'El vendedor', en la página 60.](#)

5. Nájera

Tal y como había prometido Miguel Luján, aquella noche cenaron y durmieron en La Rioja, en Nájera, un bonito pueblo con varios edificios singulares y un agradable paseo junto al río Najerilla. Durante el trayecto Alberto atendió con resignación y paciencia a las inacabables anécdotas de aquel hombre que, por encima de todo, necesitaba ser escuchado. Le explicó su historia personal: que era padre de dos mujeres increíbles, independientes, excelentes estudiantes, la envidia de Llanes. Le aseguró que no guardaba rencor a su exesposa, a la que había conocido cuando trabajaba de camarera en uno de los restaurantes donde había colocado la mejor máquina Astoria. “La enamoré con este piquito de oro”, recordó con una sonrisa que desprendía una buena dosis de melancolía. Tampoco odiaba al adinerado abogado por el que ella lo había dejado. O eso dijo. Y para reforzar esa idea se esforzó en acentuar su inevitable sonrisa, aunque los ojos transmitieran otra cosa.

Aquellas revelaciones de quien tras quince años no había superado aún el abandono y lo suplía con una vida de entrega al trabajo, trasladaron a Alberto a los días de felicidad junto a María, antes de ser padres, y siéndolo. La punzada continuaba siendo muy dolorosa. ¿Perdonaría él a su compañera? ¿Comprendía su reacción? ¿Habría sido posible continuar juntos? Se lo había preguntando muchas veces, y lo seguiría haciendo, era inevitable. Hacía el esfuerzo por ponerse en la piel de ella, y entendía que el dolor la hubiera empujado a marcharse, pero le reprochaba la forma como había acabado todo. Tantos años juntos, siendo felices, borrados de un plumazo.

Pensar en su marcha llevaba asociado inevitablemente el recuerdo de Eloy, que lo invadía todo y le obligaba a llorar las lágrimas que ya no tenía. ¿Cuánto tiempo puede continuar latiendo un corazón destrozado?

Llegados a Nájera, Miguel llevó a su pasajero a un bonito hostel. Antes cenaron en un restaurante, donde Alberto disfrutó de la cocina riojana, de aspecto y sabor infinitamente más apetitosos que el menú

de un área de servicio, convenientemente regada con vino de la tierra. Sólo le faltaba al vendedor la ayuda del alcohol para acabar de desenrollarle la lengua. Sorprendentemente, la conversación fue amena, alejada de pasados tristes y nostalgia. La combinación de la agradable velada, la buena comida, y un entorno acogedor por descubrir, ayudó a Alberto a dormir a pierna suelta. A la mañana siguiente se despertó temprano y salió a pasear antes del desayuno. El revitalizante aire fresco y el murmullo saltarín del río Najerilla le ayudaron a tomar una nueva decisión.

—Qué tal, amigo, ¿cómo ha dormido? —le preguntó Miguel cuando apareció por el comedor del hostel armado con la primera sonrisa del día.

—Muy bien. ¿Y usted?

—Yo siempre duermo bien. Y ahora a reponer fuerzas. Ya verá qué desayuno tan completo —dijo, señalando a las mesas en que aguardaban los manjares—. Por cierto, ¿ya ha pensado hasta dónde quiere llegar hoy?

—Tengo buenas noticias para usted: no me va a tener que llevar a ningún sitio porque me voy a quedar por aquí unos días. Me apetece conocer un poco mejor este lugar.

El agente comercial no pudo evitar que una expresión de contrariedad apareciera en su rostro.

—Bueno... Le confieso que lo lamento. No el hecho de que se sienta usted a gusto, por supuesto, sino que no vaya a acompañarme más. No es fácil encontrar buenos compañeros de viaje. —Alberto no tenía la impresión de haberlo sido—. En fin, entonces aprovecharemos el desayuno para celebrar esas buenas sensaciones que le ha proporcionado La Rioja. —La tristeza dejó paso al entusiasmo de nuevo.

Un rato después se despedían con un abrazo. A Alberto le incomodó el arranque afectuoso del hombre, pero también sintió una pequeña punzada de culpabilidad por “abandonar” a quien le había ofrecido su ayuda sin dudar y que estaba dispuesto a llevarlo a donde él le pidiera. Se dio cuenta de que incluso creyéndose el ser más desgraciado del mundo había otras personas que se sentían tan solas como él y necesitaban, agradecían incluso, el frío calor que proporcionaba su compañía. Unos oídos que escuchasen, unos ojos que aguantasen la mirada. El viejo Mercedes arrancó y, mientras desaparecía calle abajo, Alberto pensó que cuando parase en un área de servicio recordaría al risueño vendedor de máquinas de café.

Hacía un precioso día de primavera que invitaba a pasear sin prisas y a saborear el entorno, así que Alberto fue callejeando por un casco antiguo que transpiraba historia y acabó desembocando otra vez en el espacio abierto junto al río. Vio que había un puente peatonal sobre las aguas y decidió subirlo para tener otra perspectiva del entorno. A lo largo del paseo había varios bancos, donde se sentaban algunas personas mayores que disfrutaban del sol.

Le llamó la atención una anciana que se encontraba en el más cercano. Podía distinguir sus facciones con claridad. Profundas arrugas surcaban su rostro y tenía el pelo completamente blanco, recogido en dos largas trenzas que reposaban en su pecho y casi le llegaban hasta la cintura. La nariz aguileña y unos ojos oscuros de mirada profunda acababan por darle el aspecto de una india americana. Vestía un abrigo de colores vivos y sonreía de forma plácida. Sin embargo, su apariencia no era lo más llamativo, sino el hecho de que estaba rodeada de una multitud de gatos de todos los colores y tamaños, que la acompañaban en su baño de sol primaveral. Parecía una estampa sacada de un cuento.

Estuvo un rato observándolos. Contó hasta veinticuatro gatos. Los más jóvenes jugaban a revolcarse o a perseguir moscas y mariposas, mientras que los adultos descansaban junto a la anciana, ya fuera en el mismo banco, sobre sus piernas, o enroscados a sus pies. La mujer los acariciaba y les susurraba palabras que diríase que los animales comprendían, aunque la mayor parte del tiempo simplemente reposaban en silencio. Al cabo de unos minutos la anciana decidió que era hora de marcharse, así que se incorporó y, apoyada en un bastón de madera, con pasos cortos y pausados, y rodeada de gatos, se dirigió hacia uno de los callejones que se perdían en el interior del pueblo.

Cuando el último de los felinos fue engullido por la oscuridad del callejón, Alberto despertó de su hechizo y decidió regresar al hostel mientras se preguntaba por la historia de la anciana y sus gatos. De repente tuvo ganas de escribir sobre ello. Hacía tiempo que no se sentía tan animado y quería aprovechar la inspiración, así que recordó que tenía un blog y que podía ser un buen sitio para expresar esas buenas sensaciones. Quizás en unos días necesitara recuperarlas, cuando volvieran a esfumarse las ganas de seguir adelante. Quizás leer una reflexión surgida desde la calma y el bienestar de una soleada mañana que le había calentado el alma, le ayudara a recordar que aún era capaz de encontrar un sendero que se abriera paso entre la maleza para

conducirlo a algún lugar donde fuera posible convivir con el dolor.

De camino a la habitación, donde le esperaba el ordenador portátil, Alberto tenía que pasar por la plaza de Santa María, donde se ubicaba el Monasterio de Santa María la Real. Contemplando el edificio de elevadísimos muros y amplios contrafuertes sintió curiosidad por visitar su interior. Se acercó a la puerta y asomó la cabeza.

— Buenos días. — Una joven de aspecto agradable, sentada tras una pequeña mesa, esperaba la llegada de nuevos visitantes—. ¿Quiere entrar al monasterio? En cinco minutos empieza una visita guiada. Se hace sólo por reserva, pero si quiere lo cuelo en el grupo.

Le guiñó un ojo en un sorprendente gesto de complicidad. Alberto no pudo rechazar la oferta.

— Venga, me apunto.

— Muy buena decisión. — La muchacha le dedicó una sonrisa radiante—. Son 3,50 euros. ¿Va usted solo?

— Sí.

— Estupendo. ¿Me podría decir de dónde viene? Es para la estadística de turismo —le aclaró al tiempo que hacía una extraña pero graciosa mueca y cambiaba el tono de voz. Era de esas personas que irradian simpatía natural, que no necesitan esforzarse para resultar agradables.

— Soy de Barcelona.

— Bonita ciudad. Demasiado grande para mi gusto, pero merece mucho la pena recorrerla detenidamente. Personalmente, me maravilla el Parque Güell —explicó mientras entregaba al visitante el tíquet y un folleto con la información más relevante del monasterio.

— Sí, Gaudí fue un genio... — Alberto estuvo tentado de seguir charlando, pero inmediatamente reprimió el impulso y, con una mirada tímida, casi avergonzada, se disculpó para dirigirse hacia el lugar donde empezaba a reunirse el grupo que participaría en la visita guiada.

Un par de minutos después un chico de unos 25 años, desenfadado y de mirada viva, daba la bienvenida a los turistas.

— Hola, mi nombre es Juan Martín, y voy a ser su guía durante la visita a este precioso monasterio. Estoy seguro de que les va a encantar. ¿Sabían ustedes que Nájera fue reino durante la Edad Media? ¿Y saben qué dio origen al monasterio? Pues la culpa la tuvo algo que encontraron en una de las cuevas de la montaña sobre la que, en parte,

se apoya la estructura de este edificio. A ver, ¿alguien se atreve a decir qué fue lo que encontraron, que tanto entusiasmó a los dirigentes de la época?

—¿La figura de la Virgen? —aventuró un hombrecillo calvo, armado con una enorme cámara fotográfica que colgaba de su cuello de forma que amenazaba con arrastrarlo hacia el suelo en cualquier momento.

—¡Premio para el caballero! —Las risitas se extendieron por todo el grupo—. Y si les pregunto qué virgen era, seguro que lo aciertan, ¿eh? —Se oyeron más risas mezcladas con voces que murmuraban “Santa María”—. El hallazgo forma parte de una leyenda, así que la figura que verán ustedes en la cueva junto a la que se instaló el Panteón Real, evidentemente, no puede ser la original... Pues bien, en el año 923 el rey pamplonés Sancho Garcés I, en colaboración con Ordoño II de León, conquista Nájera a los musulmanes y la deja en manos de su hijo García Sánchez. Los reyes de entonces eran muy dados a esas cosas. En vez de pisos, coches o un viaje a las Canarias, regalaban ciudades y reinos. Y los hijos tan contentos, claro. —La mayoría de asistentes estaban encantados por tener a un guía tan gracioso, aunque un par de hombres de aspecto solemne no se inmutaban con las gracias del joven—. Al año siguiente Abderramán III arrasa Pamplona, de manera que García Sánchez se traslada a Nájera, denominándose desde entonces rey de Nájera-Pamplona.

Alberto disfrutó de la visita. Durante una hora la observación de aquellas piedras históricas, de las tumbas reales con sus estatuas yacentes, del Claustro de los Caballeros, del retablo del Altar Mayor de la iglesia, de la ornamentación de puertas, arcos y columnas, y las didácticas y simpáticas explicaciones del guía —al que despidieron con una sonora ovación—, le permitieron aparcar su desdicha.

—¿Le ha gustado la visita? —le preguntó la chica de la recepción cuando se disponía a cruzar la puerta de salida tras un educado gesto de despedida.

—Eh... Sí, mucho. Gracias. Ha sido muy interesante.

—Juan se gana a todos los turistas. Tiene mucho desparpajo.

—Tú sí que tienes desparpajo, guapa. —La irrupción del guía acentuó la sonrisa de la joven, que, a juzgar por la expresión de su cara, ya estaba acostumbrada a los piropos de su compañero.

—Ay, Juan, tú siempre bromeando.

—Dígame, amigo, ¿no le parece adorable la sonrisa de esta mujer?

Alberto contempló aquellas dos caras jóvenes y risueñas, despreocupadas, ignorantes de los golpes implacables que depara el destino. Pensó en el cosquilleo que aquel muchacho descarado debía de sentir en el estómago al asistir a la sonrisa sincera que sus piropos provocaban en su compañera. Pensó en lo especial que ella debía de sentirse por despertar tal admiración.

Alberto recordó cómo conoció a la que había sido su compañera durante media vida. Se acordó de cómo flirteaban y rememoró su propio cosquilleo. Recordó lo feliz que había sido, cómo rieron y disfrutaron el día de la boda, una boda especial, diferente, sin papeles, sólo para ellos y sus más allegados, una celebración que valía la pena recordar, pero que al hacerlo ahora le causaba un dolor intenso... Y entonces su mente siguió volando y lo llevó a cuando María le comunicó que estaba embarazada. Recordó cómo bailaron y rieron, rieron y bailaron, y el dolor que le producía ese recuerdo le obligó a morderse la lengua. Pero no fue nada comparado con lo que sintió al proseguir con su viaje indeseado por la memoria, con lo que sintió al recordar el nacimiento de Eloy, un momento de felicidad indescriptible, y que ahora le hacía rugir de dolor.

No podía seguir allí. Alberto luchaba por evitar aquella tortura; era una batalla perdida y no quería que dos jóvenes risueños y felices fueran testigos de su derrota, así que huyó con el paso acelerado al tiempo que el recuerdo lo llevaba al infame día del accidente, al momento en que dejó de ser él, el instante en que aquel hombre tan feliz y risueño como ahora lo era Juan, el joven guía, desapareció para siempre. Alberto cerró los ojos y apretó los dientes y los puños. Cerró los párpados con toda la fuerza de la que fue capaz, como si así pudiera borrar el recuerdo, y apretó los dientes tan fuerte que parecía que le iban a saltar en mil pedazos. Entonces, el líquido salado que notó en los labios le descubrió que todavía le quedaban lágrimas por llorar.

6. Volver a ser alguien

El bloguero anónimo no había vuelto a dar señales de vida. Lorena tenía la esperanza de que la respuesta que había dejado a su terrible confesión le animara a buscar consuelo en otras personas golpeadas por la vida, como habían hecho tantos seguidores de su blog. Quizás se lo estuviera planteando y aún no se había decidido a dar el paso. No era tan sencillo abrir un corazón destrozado. Las personas necesitamos comprensión. Percibir la empatía de los demás nos ayuda a superar las dificultades, pero no todo el mundo está dispuesto a exponerse a las miradas ajenas. También había conocido casos de quienes tras dejar un comentario a alguno de sus textos no habían vuelto a aparecer. Eran mensajes duros, que transmitían una ausencia absoluta de esperanza. Alguno incluso la criticaba por exponer sus sentimientos de una forma tan abierta: “Ya tengo que soportar demasiado con lo mío como para tener que leer las desgracias de los demás. ¿Acaso pretendes que te compadezca?”.

Aquella noche no se sentía inspirada para escribir una nueva entrada. El día había sido particularmente asqueroso en el trabajo. Qué día no lo era. Quizás es que había momentos en que era más consciente de que limpiar en un aeropuerto no podía ser más que asqueroso. Últimamente no le bastaba con trabajar de forma compulsiva para encontrarse bien. Aunque “bien” no era la palabra correcta. Nunca se había sentido “bien”; simplemente, no sentía, y ése era todo el bienestar que requería para no pensar en la mierda de vida que tenía. Ahora, en cambio, empezaba a levantar cabeza. Ya volvía a experimentar algo que se acercaba a la ilusión por hacer otras cosas.

Desde hacía días le costaba mucho más abstraerse en el trabajo, de forma que cuando iba de aquí para allá en el aeropuerto vaciando papeleras, limpiando porquerías variadas del suelo o lo que hiciera falta, metida en aquel denigrante uniforme gris, era plenamente consciente del desprecio con el que la miraban. Eso en el caso de que la mirasen, porque normalmente no existía para aquella gente que con toda seguridad se consideraba infinitamente mejor que cualquiera

que se rebajase a ganarse la vida limpiando lo que otros ensuciaban. Ya no soportaba las miradas de superioridad y asco que le dedicaban las señoras elegantes y las que seguían creyéndose lo suficientemente jóvenes para embutirse en minúsculas minifaldas y menear las caderas a bordo de tacones infinitos. Ya no podía ignorarlas y les aguantaba la mirada con la misma expresión de desprecio.

Por la mañana, su supervisor, un tipo anodino y repelente, le había llamado la atención después de presenciar uno de sus enfrentamientos visuales. “Señora Vázquez, espero no tener que volver a recordarle que su trabajo aquí es limpiar sin que los usuarios del aeropuerto lleguen siquiera a darse cuenta de su existencia”. Menudo gilipollas. Con gusto le habría hecho tragar el palo de la fregona.

Hasta apenas unos días antes se había comportado como una empleada ejemplar. Hacía su trabajo de forma mecánica y ocupaba su mente con las historias que le contaban los visitantes de su blog o pensando en el artículo que escribiría por la noche, pero había llegado el momento en que empezaba a cuestionarse su situación. Ya no era simplemente un alma en pena, destrozada, y dolida con la vida, sino que incluso había iniciado un proyecto con el que ayudaba a otras personas. Volvía a ser alguien. Y esta vez era alguien fuera de su círculo familiar. Si lo pensaba, era mucho más de lo que había logrado durante su vida anterior, la de esposa ejemplar, madre ejemplar, mujer ejemplar, responsable, atenta, coqueta, sonriente... A la mierda tanta ejemplaridad.

Pensando en los demás, en lo correcto, lo único que había conseguido era ser abandonada por su “amante” esposo. Cuando descubrió que tenía unos cuernos talla XXL —después de todo, a Matías le iban las jóvenes no tan ejemplares—, el señor se largó sin atreverse a dar explicaciones. Al principio Lorena se culpó por ser tan gilipollas. Tras tantos años de fidelidad incondicional había perdido buena parte de su amor propio, así que se empeñó en buscar el fallo en ella misma. Ella tenía que ser responsable de que aquel cabrón la hubiera engañado. Ahora, sin embargo, estaba recuperando el orgullo y se seguía culpando, pero no por haber fallado en su matrimonio, sino por no haber sido ella la que abandonara a un tipo que lo único que le provocaba ya eran náuseas.

Después de todo, sí que había quedado algo bueno de sus largos años como mojiyata: Raúl, su hijo, un niño adorable por el que valía la pena todo el sufrimiento vivido.

Aquella noche, pues, no escribiría una entrada, pero sí que tentaría de nuevo al anónimo que había perdido a su hijo, su esposa y su empleo. Que volviera a creer en la vida era todo un reto para Lorena, inmersa de lleno en su papel de motivadora virtual.

“Veo que no has contestado a mi comentario. Tengo que decirte que es algo que me produce cierta inquietud. Tu post es una mezcla de grito ahogado de socorro y mensaje de despedida. Tenía la esperanza de que hubiera más de lo primero. He leído muchos textos parecidos. Yo misma he sido la autora de algunos de ellos, y tengo que decirte que recibir la comprensión de personas desconocidas me ha ayudado a superar esos momentos terribles..., como el que tú estás sufriendo. Conseguir que mujeres y hombres golpeados cruelmente por la vida hayan vuelto a querer vivir me hace sentir útil. Es más, te confieso que a veces creo, cada vez más, que mi propio sufrimiento ha valido la pena si sirve para atenuar el de otras personas. No te pido que seas mi amigo, ni que sigas mi blog. Ni siquiera que respondas a mis comentarios. Sólo te pido una cosa: dime que sigues ahí y que lo vas a intentar.

Un abrazo”.

7. El miedo a sentir

Cuando Alberto abrió los ojos era de noche. Se despertó desorientado, incapaz de recordar por unos segundos dónde se hallaba y qué estaba haciendo allí. Poco a poco recordó la visita al monasterio, la breve conversación con la joven de la entrada y la intervención del guía zalamero..., y cómo huyó presa de la desesperación. De repente sintió un hambre terrible. Tenía que ser de madrugada. Por la ventana penetraba la tenue luz de las farolas y no se oía más que a algún grillo lejano.

Estaba tumbado sobre la cama y tenía frío. Llevaba allí desde las dos de la tarde. Tras deambular por las callejuelas como un zombi, los pies lo condujeron hasta el hostel. Subió a su habitación, se quitó los zapatos y se tumbó hecho un ovillo, abandonándose a la autocompasión hasta quedarse dormido.

Lo vivido el día anterior le parecía haberlo soñado. Era habitual que soñara con su hijo y que tuviera horribles pesadillas, aunque nunca relacionadas con el accidente que se lo arrebató, porque su mente había borrado aquel día funesto. Cuando despertaba empapado en sudor, y a menudo gritando, en ocasiones suspiraba aliviado de que no hubiera sido más que un sueño..., pero enseguida la implacable realidad le golpeaba con toda su crudeza, y entonces se sentía vacío. La certeza de que jamás volvería a ver a su hijo era infinitamente peor que la pesadilla.

Aún no eran ni las cuatro. ¿Qué iba a hacer hasta que el resto de la humanidad empezara a despertar? Vino a su mente el blog de Lorena, la mujer que había contestado al mensaje que había escrito en su propio blog como resultado de un impulso cuyo sentido ahora no entendía. Encendió el portátil y, como siempre, lo primero que hizo fue abrir la bandeja de correo electrónico. Allí estaba, un nuevo mensaje de Lorena... “¿Que si sigo aquí y si lo voy a intentar?”

Alberto permaneció con los ojos clavados en la pantalla, inmóvil, durante unos minutos que se hicieron eternos, decidiendo si contestar o no aquellos mensajes. El silencio era absoluto. Ya ni siquiera se oía

al grillo. Continuaba notando fresco y entonces cayó en la cuenta de que la ventana estaba abierta. Se incorporó para cerrarla, pero en vez de eso, la abrió de par en par y se asomó a la tranquila noche de Nájera. “¿Quiero intentarlo?” Abajo, en la plazoleta que se extendía frente al hostel, dos gatos que caminaban perezosamente percibieron la presencia de aquel humano noctámbulo y, tras una fugaz mirada, prosiguieron su despreocupado paseo.

Alberto pensó de nuevo en la anciana. Recordó su expresión relajada, ajena a preocupaciones. Él también quería sentirse así. “¿Lo voy a intentar?” ¿Qué sentido, sino, tenía el viaje que acababa de emprender? ¿Iba a tirar la toalla antes de siquiera probarlo? El recuerdo era una carga muy pesada de la que no creía ser capaz de liberarse. “Tendrás que aprender a convivir con ella”, se dijo. Cerró por fin la ventana y volvió al ordenador habiendo tomado una resolución.

Pulsó sobre el enlace que lo conducía al comentario de Lorena y escribió una escueta respuesta: “Sigo aquí. Lo voy a intentar.”

Pasó el resto de la noche inmerso en el blog de aquella mujer que se preocupaba por las vidas de quienes habían dejado de creer en su propio futuro. Sus textos transmitían fuerza. Escribía sin rodeos, de forma contundente, expulsando los demonios que la perseguían, y respondía de igual forma, sin falsas promesas y deseos vacíos, pero con calidez, a los comentarios de quienes habían llegado hasta allí en un último intento por darse una segunda oportunidad.

A las 7.30 apagó el portátil, se dio una ducha y bajó a desayunar.

Aquella mañana se sentía relajado. Era como si la crisis del día anterior lo hubiera vaciado de todo lo que aún necesitaba expulsar y ahora por fin dispusiera de espacio para empezar a llenarse de nuevas experiencias. Eso al menos era lo que quería creer.

Volvía a hacer un día estupendo, ideal para pasarlo al aire libre, así que pensó en dirigirse a la Oficina de Información Turística para preguntar por sitios interesantes que visitar en los alrededores. En el hostel le dijeron que abría a las 10 y como todavía faltaba un rato decidió acercarse al paseo junto al río y sentarse a tomar el sol mientras se dejaba arropar por el murmullo del agua. Se acomodó y cerró los ojos. La caricia de los tibios rayos de sol en el rostro y el suave sonido de la corriente del Najerilla conformaban una atmósfera de lo más agradable, así que no le costó nada relajarse.

— Buen día, joven. — El inesperado saludo evitó que Alberto

acabara durmiéndose. Al abrir los ojos y girar la cabeza tuvo un pequeño sobresalto: allí estaba la anciana de pelo blanco acompañada por su inseparable tropa gatuna—. No se asuste, que no hacen nada. Son muy cariñosos —afirmó al tiempo que acariciaba a un pequeño gato blanco con una graciosa mancha negra alrededor de un ojo, que se había instalado entre sus brazos—. ¿Le importa que me siente aquí? Ya he perdido la cuenta de los años que hace que disfrutamos del sol matinal en este banco.

—No, por supuesto, siéntese —aceptó un Alberto al que los gatos parecían estar tomando cariño. Dos de ellos ya se habían frotado contra sus piernas.

El aspecto de la mujer era exactamente el mismo que el del día anterior. Las dos largas trenzas, aquella sonrisa que transmitía paz, el abrigo lleno de parches de colores, el bastón de madera...

—Ayer me di cuenta de cómo nos observaba desde el puente —reveló a su compañero, recostada contra el respaldo, con las manos apoyadas sobre el bastón y los ojos cerrados—. No se preocupe, no me molesta en absoluto. Soy muy consciente de lo peculiar de mi apariencia... y de mi compañía —dijo, acentuando su sonrisa.

Alberto notó cómo el calor subía hasta sus mejillas, y no era causado por el sol. Balbuceó algo parecido a una disculpa y empezó a pensar en algo inteligente que decir que estuviera alejado de los tópicos que tantas veces tenía que haber escuchado aquella mujer. Sin embargo, fue ella la que volvió a hablar.

—Tienes que abrir el corazón. Eres demasiado joven para arrastrar tanta tristeza.

Alberto se quedó de piedra. Aquellas palabras, pero sobre todo la mirada intensa que la anciana le había dirigido al tiempo que las pronunciaba, las había sentido como la sacudida de un terremoto de 9 grados en la escala Richter. Todo en su interior comenzó a agitarse. De repente tenía calor, y frío. Se sentía invadido en su intimidad, pero a la vez fascinado, sorprendido, dolido y aliviado. No sabía cómo gestionar aquel volcán de sensaciones. La mirada de la mujer era limpia, rezumaba comprensión, pero Alberto no fue capaz de sostenérsela. El miedo, el temor a sentir, acabó imponiéndose, así que se alejó de allí de forma precipitada murmurando alguna triste excusa. La anciana no pareció molestarse. Volvió a recostarse en el banco y cerró suavemente los párpados para recibir el sol matinal con una sonrisa en los labios.

¿Aquella mujer era real? A Alberto le costaba mucho creer en lo que acababa de experimentar. Desconfiaba de todo lo que se alejaba de la ortodoxia. No creía en la medicina alternativa, ni en la parapsicología, detestaba a los que hacían negocio aprovechándose de las debilidades emocionales de quienes buscan respuestas, llamaba charlatanes a futurólogos y sanadores, así que era absolutamente escéptico ante la posibilidad de que alguien a quien no conocía de nada supiera cosas de su vida.

Pero lo cierto era que había pasado. El tono y la firmeza de aquellas palabras y, sobre todo, la mirada, una mirada que transmitía certeza, no dejaban lugar a dudas. Por mucho que quisiera negarlo, la anciana sabía qué lo torturaba. Pero él no estaba preparado para desnudar su alma ante nadie. Ignoraba si lo estaría algún día, e ignoraba si quería estarlo.

Ya de nuevo oculto entre las callejuelas, a salvo de aquel oráculo de pelo blanco, el sonido del teléfono móvil devolvió a Alberto a la realidad tangible. Era su hermana.

—Hola, Adela. ¿Qué pasa?

—Hola, hermanito. No pasa nada. Simplemente quería saber de ti, que si no llamo yo ya me podía quedar esperando. —Alberto agradeció escuchar aquella voz siempre reconfortante.

—No exageres, que hablamos hace un par de días.

—Sí, y no precisamente para tranquilizarme. Por cierto, ayer recogimos el coche. No parece que le suceda nada raro. Lo trajo Gerard y no le notó nada.

—Pues mejor así. No sé, igual estaba frío o yo qué sé. No tengo ni idea de mecánica, sólo sé que a mí no me transmitía confianza.

—Bueno, vale, no pasa nada. ¿Y por dónde andas?

—Estoy en La Rioja, en Nájera, un pueblo muy bonito —“donde habita una bruja de cuento que lee la mente”, pensó, sintiendo un escalofrío.

—Ah, muy bien. ¿Vas a quedarte mucho por ahí?

—No sé. Hace muy buen tiempo y hay muchas cosas interesantes que ver. Supongo que pasaré unos días más y luego seguiré el viaje.

—Vale. Eso sí, prométeme que vas a estar bien y que si tienes algún problema me vas a llamar. —Adela, siempre tan preocupada por él, aunque la última cosa que se le pasaba por la cabeza era preocupar a su hermana pequeña.

—Descuida, estaré bien —mintió.

Hablar con su hermana ejercía de analgésico. La tormenta interior desatada por las palabras de la anciana parecía haber amainado, al menos de forma momentánea, así que retomó el plan inicial y, aún con la cabeza dándole vueltas al incidente, se encaminó hacia la Oficina de Turismo.

– Buenos días – saludó.

– Buenos días. Permítame un segundo. Es que acabo de llegar.

Al ver la cara de la muchacha Alberto quiso que lo tragara la tierra. Era la misma que le había atendido el día anterior en la entrada del monasterio.

– Ah, pero si es usted. – Ella parecía alegrarse por el reencuentro –. Ayer se fue de manera algo precipitada. No tenía muy buen aspecto. ¿Ya se encuentra mejor?

– Sí..., sí, estoy mejor – aventuró, con la esperanza de que aquello zanjara el interrogatorio.

– Lo celebro – sonrió –. Así que hoy tiene ganas de conocer algo más de nuestro bonito pueblo y sus alrededores. ¿No es así?

– Pues sí... ¿Qué me recomiendas?

– ¿Ha estado en los monasterios de San Millán de la Cogolla?

– No. ¿Se puede llegar en transporte público?

– Por supuesto, pero... – Se le iluminó la expresión, como si acabara de tener una gran idea –. Acabo de recordar que a Juan hoy le toca hacer de guía allí.

– ¿Juan?

– Sí, el chico tan simpático que les enseñó ayer Santa María la Real.

– Ah, vale, cómo iba a olvidarlo.

– Si quiere lo llamo y le pido que se pase por aquí a recogerle. Luego vuelve usted en autobús, si le parece bien.

Desde luego, se notaba que aquello era un pueblo. Anda que en Barcelona alguien le iba a hacer un ofrecimiento parecido.

– No sé, no quisiera... – El recuerdo de la escenita del día anterior no era precisamente agradable, pero, por otra parte, si quería empezar a comportarse como una persona normal no podía ir evitando el contacto con la gente amable que se cruzaba en su camino.

– No se hable más. Ahora mismo lo llamo.

La conversación telefónica fue breve. Aquellos dos se entendían muy bien. En los menos de dos minutos que duró la llamada ella no paró de sonreír. Los ojos le brillaban. Se notaba que le gustaba hablar con su compañero... o novio. Alberto ya estaba bastante seguro de que

entre ellos había mucho más que el típico compadreo de dos buenos compañero de trabajo. Ella era risueña por naturaleza, pero aquella sonrisa revelaba información extra.

– Enseguida viene. Hemos tenido suerte, empieza el turno a las 11.

– Muchas gracias, pero no hacía falta que os tomarais la molestia.

– Que no es ninguna molestia. A Juan le encanta charlar, ya se daría usted cuenta ayer – volvió a acentuar la sonrisa –, así que en realidad acompañándolo le hace un favor a él. Además, no le conviene negarse a nada de lo que yo le pida – sentenció con una sonrisa pícaro y guiñando un ojo.

A Alberto le incomodaban las muestras de cariño ajeno. No podía evitar el pinchazo de amargura que a veces acababa transformándose en una auténtica tortura. Se sacudió aquella sensación y buscó en su mente algo con lo que escapar de ella:

– ¿Conoces a la anciana que va acompañada siempre por un montón de gatos?

– Claro, todos la conocemos en Nájera – respondió con expresión más divertida que extrañada. Alberto se preguntó si aquella mujer estaría alguna vez enfadada—. Circulan todo tipo de historias sobre ella, pero yo creo que es adorable. ¿Se ha fijado en que siempre está sonriendo?

“Como tú”, pensó Alberto, “por eso te cae tan bien”. Inmediatamente rememoró la expresión insondable de la anciana y la sentencia que lo había sacudido de la cabeza a los pies. “No siempre sonrío”. Sintió un nuevo escalofrío, pero logró controlarse.

– Sí. Los dos días que llevo aquí la he visto tomando el sol junto al río, rodeada de gatos, y me ha llamado la atención.

– Normal, como a todo el mundo que la ve por primera vez. No crea que es usted el primer turista que me pregunta por ella. – Adoptó entonces la expresión de quien está a punto de revelar un misterio fascinante—. Hay quien dice que es bruja. – Alberto, escéptico, no pudo evitar, sin embargo, un ligero sobrecogimiento al escuchar aquellas palabras—. Yo no lo sé. Cuando era niña ya la veía paseando por el pueblo y sentada siempre en el mismo banco junto al Najerilla, y ya me parecía viejísima. Dicen que tiene más de cien años, y que no envejece más gracias a la magia. – El relato prometía; la muchacha era buena narradora—. Mi madre me explicaba que la mujer vivía en los bosques del Valle de Baztán y que participaba en aquelarres donde las brujas adoraban al diablo. Ya se sabe que con Franco esas cosas

estaban perseguidísimas, así que la metieron en la cárcel, donde, según cuentan, pasó más de veinte años. Cuando la dejaron libre se vino aquí, pero fíjese que le hablo de los años 60. Mi madre era entonces una niña. Mi abuela me contó que al principio nadie se atrevía a relacionarse con ella, ni siquiera a acercársele. Cuando llegó llevaba la cabeza rapada y la acompañaba un único gato, negro como el carbón. Nadie recuerda dónde se instaló, sólo que al poco tiempo ya lucía una melena blanca como la nieve y que una manada de gatos la seguía a todas partes.

Hizo una pausa. Gesticuló con la mano para que Alberto se acercara y, bajando la voz, añadió:

– ¿Se ha fijado en el enorme gato negro que le anda siempre cerca?

– Alberto había visto gatos de todos los tamaños y colores, no sabía a cuál de ellos se refería –. Pues dicen que es el mismo que la acompañaba cuando llegó al pueblo... hace cincuenta años... ¿No es escalofriante?

– concluyó, arqueando las cejas y abriendo unos ojos como platos.

La “revelación” había conseguido captar toda la atención de Alberto y, teniendo en cuenta su propia experiencia con la mujer, cierta inquietud sí que sentía. De todas formas, estaba seguro de que en aquella historia había mucho más de leyenda que de realidad.

– A mí me parece fascinante. Me encantan las historias de misterio, incluso de miedo. Aunque si quiere que le diga la verdad, no creo que ningún gato pueda llegar a vivir cincuenta años por muy bruja que sea la dueña – sentenció, añadiendo una carcajada deliciosa.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció el dicharachero guía que iba a llevar a Alberto a San Millán.

– ¡Hombre, pero si ha llegado el señor lirón!

El joven le dedicó una sonrisa burlona y saludó a Alberto.

– Así que KITT va a tener hoy un pasajero.

– ¿KITT? – preguntó el “pasajero”.

– Sí... El coche fantástico, ¿lo recuerda?

La joven emitió una sonora carcajada.

– ¿Algo que objetar?

– No, claro que no – seguía riendo.

Alberto lo entendió todo cuando Juan abrió la puerta de un Citroën dos caballos amarillo con matrícula de seis cifras, sin letras.

– ¿Seguro que funciona?

La pregunta ofendió al orgulloso propietario de aquella reliquia motorizada. Como represalia, se mantuvo en silencio durante los cinco primeros minutos del recorrido.

8. El trayecto

El trayecto hacia el Monasterio de Yuso transcurría en silencio. Alberto no podía evitar sentirse algo incómodo junto a aquel extraño que, aunque había demostrado sobradamente tener la habilidad de meterse a la gente en el bolsillo, lo había visto huir cariacontecido. Debía de pensar que era un tipo “rarito”. Antes del accidente él también era ingenioso y comunicativo. Ahora, sin embargo, le costaba entablar conversación con un extraño y ser ocurrente era una de las cosas que menos le apetecía en el mundo.

— ¿Le parece que funciona?

Para Juan Martín cinco minutos de silencio eran algo insoportable.

— ¿Cómo?

— El coche, que si ya se ha convencido de que funciona.

— Ah, sí, claro. Se nota que lo cuidas bien.

— Era de mi abuelo. Cuando se jubiló decidió que no volvería a conducir y me lo regaló. Era chófer de autobús, ¿sabe? Se pasó la tira de años yendo y viniendo de Logroño. Acabó un pelín harto de carretera... Eso sí, me puso una condición: que lo tratara tan bien como lo había hecho él. Cuarenta años tiene el “jovencito”.

— Seguro que tu abuelo estará orgulloso.

— Él no es muy de exteriorizar las emociones, pero yo sé que está encantado. No conduce, pero no se crea que eso significa que vaya andando a todas partes, qué va. Cada dos por tres me pide que lo lleve. — El joven sonrió —. Y yo sospecho que no son más que excusas para volver a montarse en su coche.

— Está bien que mantengas esa buena relación con tu abuelo. — Alberto no pretendía alargar la conversación, pero no quería parecer antipático.

— Pues sí, es un gran hombre. — Juan hizo una pausa, con la mirada fija en la carretera, aunque su mente había viajado al pasado —. Verá, mis padres murieron en un accidente de avión cuando yo tenía cinco años. Mis abuelos se hicieron cargo de mí, así que mi abuelo más que abuelo es un padre.

— Lo... lo siento. — Alberto no entendía por qué aquel joven

desconocido tenía que contarle aquello. ¿Qué señal inconsciente había emitido su cerebro para que se creyera con el derecho a involucrarlo en un asunto tan íntimo? ¿Acaso iba contando él por ahí que su hijo había muerto? Notó cómo el enfado crecía en su interior—. ¿Falta mucho? —rugió.

—No... —Juan lo miró extrañado—. ¿Se encuentra bien?

—Sí. —Alberto se arrepintió de haber sido tan brusco—. Es que no he descansado muy bien.

El joven captó el mensaje, de manera que decidió mantenerse callado durante el resto del viaje. Total, en diez minutos llegarían al monasterio y podría dar por cumplido su compromiso con Laura.

Aquel silencio era aún más incómodo que la conversación sobre la muerte de los padres del muchacho, sobre todo porque Alberto sabía que era el causante, así que su cabeza le decía que sacara otro tema para que su acompañante no lo tomara definitivamente por asocial.

—Perdona, no quería ser tan borde.

—No pasa nada, no se preocupe. Todavía no he aprendido a distinguir qué le puedo contar a quién. Pienso que mi vida le interesa a todo el mundo. Se habrá dado cuenta de que hablo bastante...

—Sí, bueno. Está bien. Tengo curiosidad por saber una cosa. Tú y esa chica tan simpática...

—Laura. ¿Qué? ¿Si estamos juntos?

—Sí, eso. Ya sé que no me importa.

—Qué va, si no me molesta. Al contrario, me encanta sacar el tema. ¿Quién no estaría encantado de presumir de tener una novia como ella?

—Pues sí, parece muy maja.

—Lo es. ¿Y usted, cómo es que viaja solo? ¿Está aquí por trabajo?

Las temidas preguntas personales.

—Sí, tengo que resolver unos asuntos.

La evasiva sonaba ridícula, pero de tan evidente Juan optó por la prudencia. Estaba claro que aquel hombre no quería hablar sobre su vida.

—Así que también trabajas de guía en el Monasterio de Yuso. —Alberto hizo un nuevo intento de entablar conversación recurriendo a un tema menos comprometido. Hablar sobre el tiempo lo guardaba como último (y desesperado) cartucho.

—Ya ve. Uno tiene que buscarse la vida. La incontinencia verbal también puede ser una cualidad, y en este caso es la fuente de mis

ingresos. Afortunadamente, por estos lares no hay tanta gente con facilidad de palabra, apasionada por la historia y con algo de gracia. Le voy a ver entre los visitantes a Yuso, ¿verdad?

—Sí, claro. Si tú eres el guía el recorrido seguro que será muy divertido.

Alberto disfrutó del resto del día, empapándose de historia y cultura en un entorno natural privilegiado. Aquella Rioja era muy diferente de la que creía conocer. La viticultura era sólo uno más de los muchos encantos de una tierra llena de tesoros. Le sorprendía sobre todo que hubiera tantos bosques y montañas, en cuyo entorno se ubicaban de forma armoniosa pueblos y monumentos. El Monasterio de Yuso era imponente, pero le impresionó aún más el de Suso. Aquel pequeño tesoro de piedras viejísimas que se aguantaban en precario equilibrio, encaramado sobre la ladera de la montaña, y en cuyo interior austero se hallaban esqueletos de quienes lo habitaron hacía más de mil años, consiguió trasladarlo en el tiempo hasta sentirse parte de la historia.

Disfrutó de la comida y el vino riojano en San Millán de la Cogolla y bien entrada la tarde, sin prisas y sin agobios, regresó en autobús a Nájera. Las últimas horas de luz las pasó leyendo un libro que le había regalado su hermana el día de su despedida: *El viaje de Pau*. “Léelo. Te gustará. El protagonista también emprende un viaje, y como en tu caso, se trata de mucho más que un simple desplazamiento físico”. Tras la lectura, que, efectivamente, captó su interés, cenó un bocadillo en el hostel y se acostó temprano.

9. El recuerdo

– Papa, ¿por qué los coches tienen ruedas?

– Pues para poder correr por la carretera.

– Ah... ¿Y tienen motor?

– Claro, si no, no podrían moverse.

– ¿Y por qué hay que ponerles gasolina?

A Alberto la etapa del por qué empezaba a hacersele un poco larga. Aquel niño no se cansaba nunca de preguntar, y a menudo repetía las preguntas.

– Pues porque los coches beben gasolina. Tú cuando tienes sed bebes agua, ¿verdad?

– Sí, y zumo.

– Ya. Pues los coches necesitan beber gasolina para funcionar.

– Ah... ¿Y yo puedo beber gasolina?

Alberto y María estallaron al unísono en una sonora carcajada. Las ocurrencias de su hijo no eran para menos. Eloy, divertido ante la reacción de sus padres, insistió:

– ¿Si bebo gasolina me convertiré en un coche? – preguntó entre risas.

– Pues a lo mejor. Deberíamos probarlo...

– ¡Alberto! No le digas eso al niño. Sólo falta que le des ideas.

– ¡Sí, yo quiero gasolina!

– No, hijo. Era una broma. Las personas no podemos beber gasolina.

– ¿Por qué no?

La pregunta era inevitable.

Alberto giró la cabeza sólo un segundo, lo suficiente para no darse cuenta de que en aquel mismo instante un coche que circulaba en sentido contrario invadía su carril para adelantar. El grito desgarrador de María lo despertó justo antes del impacto. En su mente quedó grabada la sonrisa de un niño feliz al que no volvería a ver nunca más. Se acurrucó en la cama y dejó que las lágrimas brotaran en silencio en la madrugada de aquella habitación solitaria.

Lo que acababa de soñar era la primera señal de que en algún lugar de su cerebro se almacenaba la información que temía recuperar, y no se veía con la fuerza suficiente para soportar que saliera a la luz.

Sin embargo, Alberto no quería rendirse. Sucumbir al dolor y a la tristeza era lo más fácil y seguramente lo humanamente comprensible, pero una vocecilla en su interior le decía que seis meses después tenía que encontrar la manera de salir adelante. Entregarse al llanto era una forma de liberar la presión, pero no le hacía sentirse mejor. Era un desahogo callado que incrementaba su tristeza. Entonces se le apareció fugazmente el blog donde había escrito aquel primer mensaje ambiguo y se agarró a aquel pensamiento. “Eso es. Escribe sobre ello. No te tragues más ese dolor que está haciendo que te apagues”. Encendió el ordenador y se puso a escribir:

“Temo que he empezado a recordar. Nadie puede sobreponerse a la noticia de que su hijo ha muerto. A mí me lo dijeron casi tres semanas después de que ocurriera, estando en la cama de un hospital, sin poder moverme, habiendo sobrevivido milagrosamente al mismo accidente que se lo llevó a él. En aquel momento deseé no haber despertado del coma, pero no fui capaz de asimilar la pérdida. No lo hice del todo hasta regresar a casa, dos meses más tarde.

Ahora creo que me encuentro peor que nunca... porque he empezado a recordar.

Mi mente borró el accidente. Es posible que sea una especie de mecanismo de defensa. Si no lo recuerdas es como si no hubiera pasado. Ojalá fuera así, pero para que funcionara como un verdadero escudo ante las desgracias debería haber borrado los seis años que compartí con él. Ahora que las imágenes de aquel día han empezado a volver preferiría mantenerlo en la oscuridad.

Recuerdo estar preparando una excursión y lo siguiente fue despertar en la cama de un hospital, lleno de cables e incapaz de moverme. Pero acabo de soñar con lo que pasó. Es la primera vez. Ha sido una escena corta, justo los segundos previos al impacto, y ahora no puedo borrar de mi cabeza la cara sonriente de Eloy. Una cara adorable, simpática, divertida, ajena a la inminente desgracia. Tener la certeza de que no volveré a ver esa sonrisa es insoportable. ¿Qué puedo hacer?”.

10. Rossell

Para Rossell el puente aéreo continuaba siendo la mejor manera de desplazarse entre Madrid y Barcelona. Tenía conocidos —no amigos, porque en el mundo de los negocios los amigos son un lujo innecesario y casi siempre engorroso— que se habían pasado al AVE y que hablaban maravillas de su comodidad y funcionalidad. Sin embargo, él lo había probado y se quedaba con la *business class*. A menudo la hora escasa que duraba el trayecto era su única oportunidad de descanso, y qué mejor manera para aprovecharla que bien estirado en una amplia y cómoda butaca de avión donde disponer de algo de tranquilidad, lejos de niños llorones, adolescentes charlatanes y viejos que, por el hecho de serlo, se creían con el derecho de molestar a gente tan ocupada como él recordando batallitas que no interesaban a nadie.

Mientras repasaba un informe rutinario en la sala privada donde sólo unos pocos privilegiados estaban autorizados a esperar el embarque, Rossell recibió la llamada que debería haberse producido varias horas antes, coincidiendo con la apertura de la Bolsa de Tokyo. Teniendo en cuenta el retraso, no podía esperar buenas noticias.

En la sala había dos peces gordos a los que conocía, pero con los que no solía intercambiar más que los educados saludos de rigor. Rossell no era una persona demasiado sociable. Cogió el teléfono de última generación y cuando pulsó la pantalla para contestar se vio interrumpido por el grito de contrariedad de uno de sus vecinos. El muy inútil acababa de tirar la botella de cava que tenía en la mesita y se había puesto perdido el pantalón. Además, la copa se había hecho añicos contra el suelo. A los pocos segundos entró el encargado del servicio para evaluar el alcance del incidente e inmediatamente avisó a una azafata y a una limpiadora.

—Rossell. —Siempre contestaba al teléfono con su apellido.

—Los holandeses se nos han adelantado. No me explico cómo disponían de la información, pero nada más abrir han empezado a comprar acciones de forma compulsiva. No hemos podido reaccionar a tiempo...

—Ahórrate los lamentos. Llevábamos semanas preparando la operación y acabas de tirar 30 millones a la basura. No te molestes en regresar. Estás despedido. Pero no te preocupes, seguro que los holandeses te ofrecen algo.

Rossell cortó la comunicación, dejó el móvil sobre la mesita y se sirvió una copa de cava que se acercó con gesto aparentemente relajado a los labios. Dio un pequeño sorbo al tiempo que fijaba la mirada en las tareas de limpieza de la botella derramada y la copa rota. La “víctima” había ido al lavabo y estaba seguro de que regresaría con un traje nuevo. En El Prat cuidaban mucho aquel tipo de detalles. Advirtió entonces que la mujer que recogía los cristales del suelo lo estaba mirando descaradamente con expresión de desprecio. Aquello no se lo esperaba. Una vulgar limpiadora se atrevía a desafiarlo. Rossell no entendía por qué la gente era tan decepcionante. Muñoz sólo tenía que ceñirse al plan que habían preparado minuciosamente durante semanas, pero había sido incapaz de cumplir su papel; aquella mujer debía limitarse a limpiar un pequeño incidente de los que suceden cientos cada día en un aeropuerto y, sin embargo, ahí estaba, acusándolo con la mirada no se sabe bien de qué.

—¿Qué mira?

La mujer no contestó. Durante un instante pareció que iba a hacerlo, pero finalmente bajó la mirada y continuó con su trabajo.

—Eso es, siga limpiando y deje de importunar a la gente que tiene obligaciones importantes.

Aquello fue demasiado. Lorena lanzó el recogedor contra el suelo de forma violenta, lo que provocó que los cristales que acababa de retirar saltaran por los aires, esparciéndose por toda la sala. Rossell se tapó la cara y giró la cabeza instintivamente, mientras que el otro ocupante abrió unos ojos como platos, asistiendo incrédulo a la escena. El encargado del servicio entró precipitadamente, justo a tiempo para contemplar cómo la empleada se dirigía al poderoso ejecutivo sin miramiento alguno.

—Se cree muy importante, ¿verdad? Le encanta restregarle a la gente lo importante que es, los millones que gana, los trajes que se gasta, los viajes que hace. Le encanta humillar a quienes están por debajo, como a ese empleado al que acaba de despedir sin inmutarse o a mí misma, una despreciable mujer de la limpieza que se atreve a mirarlo a la cara, esa cara estirada, inexpresiva, inalterable, esa cara tan “importante”...

— ¡Vázquez! ¡Salga de aquí ahora mismo! ¡La quiero en dos minutos en mi despacho!

Lorena se dirigió a la puerta, manteniendo la vista fija en Rossell, quien le aguantaba la mirada con una sonrisa entre admirada y burlona dibujada en los labios.

— Le ruego que acepte mis más sinceras y avergonzadas disculpas. Le prometo que no volverá a suceder. Tenga por seguro que no. Esa mujer acaba de firmar su carta de despido.

Al encargado del servicio, un tipo ante todo muy servicial y carente de amor propio, sólo le faltaba arrodillarse y suplicar clemencia. Rossell no admitía las insubordinaciones, pero si había algo que detestara aún más era la sumisión incondicional. Aquel tipo le producía asco. Prefería con mucho la mirada retadora de la mujer y el impacto de aquellos cristales diminutos a las babas que amenazaban con caer de la boca del perro faldero.

— Bien, acaben de limpiar este desastre y déjenme trabajar tranquilo, por favor.

— Enseguida, no se preocupe. Le reitero mis disculpas.

El desprecio de Rossell hacia aquel hombre iba en aumento. No podía explicárselo, pero el contraste creciente con la empleada rebelde hacía que incluso empezara a echarla de menos. Sus dos compañeros de sala se habían relajado y aparecieron las sonrisas y los comentarios jocosos.

— Vaya con la leona. Menudo carácter. No me importaría hacerle un trabajito, como favor para bajarle los humos.

— Pues menudo favor. Ya te gustaría que te lo hiciera ella a ti, porque la verdad es que la tía está un rato buena.

Los dos cerdos sebosos buscaban a Rossell con la mirada para hacerlo cómplice de sus comentarios. Quizás en otro momento lo hubieran encontrado, pero no en aquél. Se sentía incómodo. Quería creer que era por el fiasco de la operación en Tokyo. Miró el reloj. Aún faltaban veinte minutos para el embarque. Demasiado tiempo para pasarlo en compañía de aquellos individuos, así que decidió salir a estirar las piernas.

Rossell no estaba acostumbrado a que la gente le plantara cara. Lo temían, como debía ser. Le había costado muchos años de trabajo labrarse una reputación que de ningún modo podía permitirse perder, pero el incidente con aquella mujer había activado una tecla que hasta el momento no sabía que tuviera. Se acababa de dar cuenta de que

abhorrecía la docilidad y la sumisión. Era poderoso, todos lo sabían. Le gustaba serlo. Le gustaba que a una señal suya, si hacía falta, el mundo se parase. Pero la reacción de la empleada le había hecho recuperar del fondo de su mente la certeza de que lo que ella se había atrevido a decirle a la cara era lo que la inmensa mayoría de quienes formaban parte de su vida pensaban pero no se atrevían a verbalizar. Estaba rodeado de cobardes. No le importaba que lo fueran. De hecho, lo que pensaran los demás le traía sin cuidado, pero empezaba a cuestionarse si ése era el tipo de relaciones que quería seguir manteniendo el resto de su vida. La reflexión se había colado en su cerebro sin pedir permiso y no se sentía cómodo. Detestaba tener preocupaciones que interfirieran en lo verdaderamente importante: su trabajo.

11. Lanzando piedras

Alberto no podía sacarse la cara sonriente de Eloy de la cabeza. Mirara donde mirara, ahí estaba. Si cerraba los ojos, ahí estaba. Y la soledad, desde luego, no le ayudaba. Pensó que lo mejor era proseguir con su viaje. Empezaba a aborrecer aquella habitación y sentía que prolongar su estancia en Nájera no le iba a reportar nada positivo, así que sería su último día allí. Compraría un billete de bus a Logroño, donde tomaría el que lo llevaría a León.

Aquella mañana hacía frío. El sol quedaba entelado por una fina capa de nubes altas, de modo que, junto al río, la temperatura era aún más fresca. Alberto llevaba apenas cinco minutos sentado en el banco y ya tenía los pies helados. Decidió dar un paseo. Pensó entonces que por qué iba a esperar un día más a marcharse, si lo podía hacer ya. A las malas, si no llegaba a tiempo para tomar el autocar a León, pasaría la noche en Logroño.

Se incorporó, en parte aliviado por no haberse encontrado con la anciana de los gatos, aunque inconscientemente los pasos lo habían llevado hasta allí precisamente con la esperanza de localizarla para acabar de escuchar lo que había empezado a decirle y que tanto lo había alterado. Es curioso cómo funciona la mente. Aquello que tememos puede ser también lo que nos atrae.

En aquella reflexión andaba enfrascado cuando al dar los primeros pasos de vuelta al hostel se dio cuenta de que justo al borde del cauce del Najerilla un muchacho lanzaba piedras planas y redondeadas corriente arriba, intentando hacerlas rebotar contra la superficie del agua. Alberto recordó cuando él hacía lo mismo. Le parecía que hubieran pasado siglos.

El joven alternaba los lanzamientos con las caladas que daba a lo que parecía un porro. Lo veía de perfil, suficiente para atisbar la expresión de preocupación resignada que invadía su rostro. No debía de tener ni veinte años.

De repente, giró la cabeza y se encontró con la mirada de Alberto, que no reaccionó a tiempo para disimular. Al muchacho no pareció

importarle ser observado. Claramente, estaba resignado. Dio otra calada, volvió a mirar hacia el río y lanzó otra piedra. Dos, tres, cuatro, cinco... “No está mal”, pensó Alberto. Entonces sintió el impulso de imitarlo y los pasos lo llevaron junto a él. Sin decir una palabra se agachó en busca de piedras adecuadas. El joven lo miró sin modificar el gesto, asumió con naturalidad la reacción de su improvisado compañero de lanzamientos, y siguió a lo suyo. Calada al porro, pedrada contra el agua.

Tras unos tres primeros intentos lamentables, Alberto consiguió al cuarto que su piedra diera un bote. Sonrió. El siguiente fue aún mejor, y unos cuantos lanzamientos más tarde ya casi parecía un profesional. Sin pronunciar ni una palabra los dos lanzadores habían iniciado una competición sin premio. Las piedras salían despedidas de sus manos de forma alternativa, y bastaron sólo unos minutos para que de sus gargantas surgieran gritos de satisfacción y gruñidos de decepción. La expresión de ambos había cambiado por completo. La preocupación y el hastío habían dejado paso a la excitación competitiva. Alberto había entrado en calor, ya no recordaba el frío en los pies. Ahora tenía las manos y el corazón calientes y notaba cómo con cada pedrada salía despedida también un trocito de su tristeza inmensa.

Por fin el joven hizo una pausa, miró a su rival y le ofreció el porro con una casi imperceptible sonrisa en los labios. La reacción instantánea de Alberto fue rechazarlo, pero inmediatamente cambió de opinión y alargó la mano para aceptarlo. “Por qué no”, se dijo. Desde sus años universitarios no había vuelto a fumar maría... María...

Aquel nombre le causaba dolor y nostalgia a partes iguales. La conoció en una de aquellas fiestas de jóvenes tan idealistas como inconscientes. Entre cerveza y cerveza y algún canuto compartido, descubrieron que sus visiones del mundo convergían, y también acabaron convergiendo sus lenguas. Fueron buenos tiempos.

Tras una primera calada titubeante, Alberto se animó a dar una segunda, aspirando con decisión aquella esencia rancia de sabor amargo con la esperanza de que atenuara su propia amargura. Se sentó junto al joven y le devolvió el canuto. Permanecieron un rato así, contemplando el relajante fluir del río, que Alberto percibía más relajante con cada minuto que pasaba, y compartiendo el humo milagroso. Fue el muchacho quien rompió el silencio:

— Lanzas bien.

— Sí, supongo. Me faltaba algo de práctica, pero no ha estado mal.

– Estoy jodido.

La expresión sombría regresó al rostro del joven y Alberto, que se sentía muy a gusto flotando en la nube a la que lo había subido la marihuana, empezó a ponerse en alerta. Aunque en aquel momento estuviera más receptivo, no le apetecía en absoluto escuchar otro drama.

– La he cagado y mi novia no quiere volver a verme.

– ¿Por qué me lo cuentas? Últimamente a la gente le da por contarme sus desgracias, y te aseguro que no soy psicólogo.

Tras unos segundos de silencio en que los dos seguían mirando al agua, el muchacho volvió a hablar.

– Tienes razón. Perdona. – Se incorporó dispuesto a marcharse –. Ha sido un placer lanzar piedras contigo.

Dio media vuelta y empezó a caminar hacia las callejuelas. “¿Por qué eres tan borde?”. El pensamiento brotó, incontrolado, del cerebro de Alberto y le siguió una pregunta, que verbalizó sin ser apenas consciente:

– ¿Qué le has hecho?

El joven giró la cabeza.

– ¿Cómo?

– A tu novia. ¿Por qué no quiere volver a verte?

El muchacho suspiró y regresó junto al río.

– Me pilló chateando con una amiga. – “Menuda tragedia”, pensó burlonamente Alberto –. Y, la verdad, estábamos tonteando bastante... En realidad era mi ex. – “Pues sí, la has cagado de lleno” –. Pero yo no quiero nada con ella. Lo dejamos hace dos años y sólo hablamos de vez en cuando por Whatsapp o por Facebook. A mí me gusta Araceli.

– Tu novia se llama Araceli.

– Sí. No sé qué hacer... Verás, tío, yo la quiero, la quiero de verdad, pero no sé cómo explicarle que lo del chat con mi ex no era más que un juego, una tontería. Te juro que entre Alicia y yo no hay nada.

– Alicia es tu ex.

– Sí. Está muy buena y es muy simpática, pero no es una chica que sirva para ser novia de nadie.

Alberto estalló en una sonora carcajada. Era la primera vez que escuchaba una estupidez semejante. “Una chica que no sirve para ser novia de nadie”. Una manera muy elegante de llamarla poco menos que zorra.

– ¿De qué te ríes, colega? Yo no le veo la gracia por ninguna parte.

— ¿Cuántos años tienes? ¿Dieciséis?

— No te pases, pavo, que pronto cumplo diecinueve.

— Disculpa. Creo que antes de tratar de solucionar tus problemas sentimentales deberíamos presentarnos. Yo soy Alberto.

Le alargó la mano, que el joven estrechó al tiempo que respondía:

— Míkel.

— Encantado de conocerte, Míkel. ¿Por qué tonteabas con tu ex por Internet si a quien quieres es a tu novia? No tiene mucho sentido, ¿no crees? — La marihuana había conseguido que los niveles de sociabilidad y lucidez de Alberto aumentaran considerablemente.

— Sí, ya lo sé. Soy un imbécil. Pero la cuestión es que yo quiero a Araceli y no sé qué hacer para que me perdone. Esta noche no he podido dormir dándole vueltas al asunto. Me dijo que no quería volver a verme, que la olvidara y que ni me atreviera a enviarle mensajes de Facebook ni *whatsapps*.

— Te voy a ser sincero, Míkel: lo tienes muy chungo.

— Ya... — Dejó caer la cabeza pesadamente y volvió a fijar la mirada en la corriente.

— Pero no está todo perdido. — Míkel giró la cabeza ligeramente y miró a Alberto con interés.

— ¿Qué puedo hacer?

— No conozco a Araceli, ni sé cómo era vuestra relación, pero por mi experiencia con las mujeres te puedo decir que las reacciones en caliente no tienen por qué ser definitivas. Seguramente en estos momentos ella debe estar poniéndote verde y si aparecieras por su casa te lanzaría una maceta a la cabeza o, en su defecto, te fulminaría con la mirada, pero si realmente la quieres y te arrepientes de tu cagada tienes que intentar hacer las paces.

— Pues claro, pero ¿cómo?

— No seas impaciente. — Sin saber por qué, Alberto se sentía cómodo intentando ayudar a aquel chico. Por fuerza tenía que ser efecto de la droga —. Lo primero que yo haría es enviarle un mensaje al móvil muy sencillo, un “Lo siento. Te quiero” o algo por el estilo. Un primer contacto que no pueda interpretar como un intento de justificación y que no suene desesperado. Tendrás que ser paciente. No insistas si no obtienes respuesta, que es lo más probable. Puedes intentar hablar con alguna amiga suya, siendo muy sincero con ella, reconociendo tu culpa y haciéndole ver lo arrepentido que estás. Y el último paso sería demostrar a tu novia que realmente la quieres. Seguro que hay

algo a lo que no se pueda resistir, que le haga ablandarse, y que sólo tú sabes. Sorpréndela, pero sin agobiarla. Tiene que ser algo único pero a la vez natural. Ah, y por supuesto, lo más importante: elimina todo rastro de tu ex en tu vida. Si finalmente te perdona y te vuelve a pillar, aunque sólo sea saludándola por la calle, entonces sí, despídete de ella para siempre.

Hacía mucho que aquel Alberto llevaba desaparecido, oculto bajo capas y capas de tristeza y melancolía. Se convenció de que la “culpa” de haberlo recuperado, aunque sólo fuera momentáneamente, la tenía la marihuana. Por su mente empezaron a cruzarse montones de recuerdos de las muchas peleas y reconciliaciones que había vivido con María. Discusiones en que ambos se dejaban llevar por sus firmes convicciones, que acababan con caras serias, con reproches e incluso con alguno de los dos saliendo por la puerta. Un ramo de flores, un helado de chocolate, la canción o la película favorita del otro solían bastar para que la paz regresara al hogar. Alberto echaba de menos aquellas discusiones. Cómo dolía saber que nunca se repetirían.

– Muchas gracias, tío. ¿Qué puedo hacer por ti?

Alberto pensó un instante.

– ¿Te queda alguno de esos “cigarrillos mágicos”?

12. Pensamientos perturbadores

Rossell decidió pasar los últimos minutos antes del embarque hojeando alguna revista en el *duty free*. Confiaba en desterrar así los pensamientos perturbadores. Firmeza y nada de titubeos eran dos de sus máximas. En la jungla en la que se movía a diario como pez en el agua la duda estaba terriblemente penalizada, y si había logrado escalar hasta el lugar más alto de la cadena trófica había sido gracias a no mostrar el más mínimo signo de debilidad. Los “cadáveres” que había ido dejando a su paso se contaban por centenares. Tenía, pues, montones de enemigos ansiosos por descubrir un punto débil sobre el cual atacar. Pero eran cobardes, así que mientras se mantuviera firme podía estar tranquilo.

Un estruendo repentino lo sacó de sus pensamientos y le obligó a buscar dónde se había originado. No pudo evitar un escalofrío al reconocer a la limpiadora que se había enfrentado a él hacía cinco minutos. Acababa de salir de un despacho dando un sonoro portazo, para a continuación derribar una papelera cuyo contenido había quedado esparcido por todo el suelo. No contenta con ello, había propinado varias patadas a vasos de refresco y envoltorios.

— ¡Maldito hijo de puta!

Lorena avanzaba dando largas zancadas y concitando la atención de todo aquel que se encontrase en un radio de cien metros. Durante una milésima de segundo Rossell tuvo la impresión de que sus miradas se cruzaban. Le dio un vuelco el estómago y se le aceleró el pulso. Aquello no era admisible. No había nada que alterase al ejecutivo, pero el temor a revivir el desagradable incidente con la ya exempleada era superior a su capacidad de autocontrol. Afortunadamente para él, cuando parecía que no tendría escapatoria, la mujer siguió su camino maldiciendo y golpeando el mobiliario del aeropuerto. Lo más sorprendente para Rossell fue darse cuenta de que al sentimiento de alivio lo acompañó una gota de decepción. Hacía mucho que no experimentaba sensaciones tan primarias. Aquella mujer aparentemente tan vulgar había despertado una parte de él que había permanecido durante mucho tiempo dormida. Pero aquello no era conveniente.

13. La confesión

Cuando Míkel se fue, convencido de que la reconciliación con su novia sólo era cuestión de tiempo, Alberto decidió permanecer un rato más lanzando piedras al río. Conforme se acercaba el mediodía el cielo se había ido despejando y los rayos de sol ahora sí calentaban de verdad. Probablemente acababa de pasar el mejor rato desde el accidente. Estaba de buen humor. Imaginaba la escena del reencuentro entre los dos muchachos, con él temblando de preocupación e inseguridad y ella con cara de “a la primera cagadita estás listo”.

Antes de marcharse, Míkel había insistido en enseñarle un par de fotos de Araceli que llevaba en el móvil. “¿Cómo voy a renunciar a esta preciosidad? Y no es que sea sólo guapa. Es que además es una tía superinteligente y muy buena persona. Ni loco vuelvo a encontrar una tía como ella”.

Sonriente y en brazos todavía del acolchado escenario en el que flotaba gracias a la marihuana, Alberto se dispuso a emprender el camino de regreso al hostel para recoger sus cosas, pagar la cuenta, y poner rumbo a un nuevo destino. Al incorporarse y girarse estuvo a punto de perder el equilibrio y caer en las frías aguas del Najerilla, no por culpa de la droga que llevaba años sin probar, sino por lo que vio apenas a tres metros de distancia, que lo hizo tambalearse. Allí estaba la anciana con su ejército felino. Lo miraba fijamente, con la misma expresión amable y la sonrisa dibujada en los labios. Alberto tuvo el impulso de huir de nuevo, pero algo lo retenía allí, clavado al suelo. Aunque su yo consciente le decía que se marchara, sentía la necesidad de acabar escuchando lo que le había empezado a decir el día anterior, y tenía curiosidad por saber algo más de aquella mujer. ¿Qué hacía allí rodeada de gatos? ¿Sería realmente una bruja?

—Todos se hacen las mismas preguntas que te estás haciendo tú.

—La anciana se recostó en el banco, con una mano sobre el bastón y la otra sobre el gato que se había tumbado en su regazo. Cerró los ojos con la cara expuesta a los suaves rayos del sol de mayo—. No soy ninguna bruja, no tengo poderes mágicos ni satánicos, y ninguno

de estos gatos tiene más de quince años, una edad muy respetable para cualquier gato, dicho sea de paso. —La inquietud y el asombro se esfumaron a la vez al escuchar aquellas palabras. Después de todo, parecía que aquella mujer no tenía de extraordinario más que el aspecto—. Siéntate aquí, tenemos una conversación pendiente.

Quizás si no hubiera fumado, Alberto habría encontrado la excusa para rechazar la invitación y evitar exponerse a la mirada de quien pretendía asomarse a su interior. Pero aquella mañana las circunstancias eran diferentes: la parte curiosa y receptiva de su conciencia se estaba imponiendo a la prudente y desconfiada. Así que, aquel hombre golpeado cruelmente por la vida se sentó junto a una mujer que, por muy duro e injusto que hubiera sido el destino con él, acumulaba injusticia y crueldad equivalentes a las diez vidas más terribles que pudiera imaginar².

—¿Por qué me cuenta todo esto? ¿Por qué a mí?

Después de escuchar durante un cuarto de hora un relato sobrecogedor, Alberto aprovechó una pausa de la anciana, quien sin duda sentía todavía el dolor de aquel pasado terrible, para preguntar. No tenía nada claro cómo procesar aquella historia de muerte, torturas, intolerancia, rechazo, y al mismo tiempo un instinto de supervivencia fuera de la comprensión de quienes no han conocido el terror. Aquella mujer menuda a la que se lo habían arrebatado todo, había sobrevivido al horror de las cárceles franquistas. Una vez libre y abandonada a su suerte, sin más compañía que la de un puñado de gatos, había logrado sobreponerse al rechazo de una sociedad cruel.

La anciana, que había permanecido la mayor parte del tiempo con los ojos cerrados, dejándose acariciar por el sol, suspiró al oír las preguntas y miró a Alberto.

—No suelo explicar mi historia. Pocas veces lo he hecho, pero de vez en cuando, cuando encuentro a alguien tan perdido como tú, alguien joven que debería disfrutar de la vida pero que, sin embargo, permanece sumido en el más oscuro y profundo de los pozos, pienso que quizás le pueda ayudar escucharla. —Hizo una pausa—. A lo mejor tú también quieres contarme tu historia.

De golpe, todas las alarmas se dispararon. “No, no, no. ¿Mi historia? No, no, no. No puede ser, no”. Alberto se sentía invadido y se estaba

2. Si quieres conocer la historia completa de la anciana de los gatos, [lee 'La bruja', en la página 63.](#)

poniendo muy nervioso. Podía negarse educadamente y marcharse, pero desde su interior luchaba por salir a la superficie una respuesta muy diferente.

—Piénsalo, pero antes de contestar deja que acabe de contarte la mía. Aquella noche en el calabozo fue la peor de mi vida. Había regresado al que había sido mi hogar, donde había ayudado a tanta gente y donde había recibido tanta gratitud, pero de aquello no quedaba nada. Los recuerdos me torturaban, y con el paso de las horas no distinguía qué era real y qué formaba parte de una pesadilla. Me vi a mí misma tirada en aquel suelo húmedo y mugriento, desnuda, con el cuerpo magullado y la cara destrozada, como aquel día de veinte años atrás. Volví a sentir el mismo dolor, el físico y el del corazón. Recordé a Aritz, el hombre dulce y valiente que me robaron, y lo volví a ver en aquel maldito cadalso, expuesto como un trofeo de caza y apedreado por la cobardía de quienes habían sido nuestros vecinos...

—Edurne tenía la mirada perdida, fija en algún punto indefinido, en algún punto del pasado—. Por la mañana me soltaron y huí al bosque. Pronto me daría cuenta de que tampoco allí iba a estar en paz. Cobijo y alimento no me faltaban. Desde muy joven había aprendido a apreciar los recursos que proporciona la naturaleza, así que sabía cómo obtener lo necesario para sobrevivir. Lo que no tuve en cuenta fue que una persona viviendo sola en el bosque, por muy prudente que fuera, antes o después sería fuente de todo tipo de historias.

—¿Y los gatos?

—¿Cómo?

—Los gatos que la acompañaban al llegar a Elizondo. ¿Qué pasó con ellos? ¿Lo supo usted?

—Pues claro que lo supe. Se vinieron conmigo al bosque del Baztán. La mañana que salí del calabozo estaban allí esperándome los tres. Bueno, en realidad eran ya cuatro. Por la noche debió unírseles Carbón.

—¿Carbón?

—Sí, es el nombre que le puse porque era tan negro que parecía que al tocarlo fuera a manchar.

—¿Todos los gatos tienen nombre?

—Por supuesto.

Alberto echó un vistazo a aquella amplísima familia gatuna. Pensó que él sería incapaz de recordar ni la mitad.

—No he olvidado ni uno solo de los nombres de quienes han si-

do mi familia durante todos estos años. Los que ves aquí son sólo los miembros más jóvenes, pero hubo muchos más antes que ellos.

La anciana hablaba con cariño sincero de aquellos animales. Los humanos no le habían causado más que sufrimiento y dolor, un dolor mezquino y desproporcionado. Le explicó cómo los propios vecinos del que había sido su pueblo pronto empezaron a hacerle la vida imposible, hasta que los grises, otra vez ellos, hicieron el trabajo sucio³.

— Aparecieron de madrugada, deslumbrando con sus linternas, asustando con los ladridos rabiosos de sus perros, disparando al aire. Me desperté sobresaltada, y otra vez rememoré el pasado. No tenía miedo, no, estaba aterrorizada. Agarré a Carbón y salí de allí corriendo. Por nada del mundo iba a permitir que volvieran a hacerme lo mismo que aquella otra mañana. Anduve durante días, hasta que una noche me colé en el remolque del camión que me trajo a Nájera. Era una mañana soleada. Me acerqué al río y me senté aquí mismo. Cerré los ojos, dejando que el sol me bañara la cara, y me puse a escuchar el sonido del agua. Entonces sentí que por fin había encontrado la paz.

La mujer se quedó en silencio. Alberto notaba que en su interior se llevaba a cabo una cruenta batalla entre la razón y el corazón. Quería liberarse del dolor que lo corroía por dentro mientras buscaba una salida que su cerebro le negaba. La anciana le acababa de relatar una historia terrible. ¿Cómo podía haber sobrevivido? Aunque no era eso lo más increíble, sino el haber sido capaz de reconstruir una vida hecha trizas. “Pero mírala, Alberto, es una vieja rodeada de gatos que se pasa el día sentada en el mismo banco. ¿Cuánto de real hay en la historia que te ha contado?”. “No, basta de recelos, basta de huir. Esta mujer supo desde el primer momento qué me pasaba y estoy seguro de que su vida ha sido tan horrible como explica”.

Alberto la miró. Se encontró con aquellos ojos sabios, profundos, de un azul casi transparente. Sintió que le hablaban, que le decían que debía dejar salir todo aquel dolor, que la vida siempre ofrece nuevas oportunidades, por frágiles que parezcan. Sintió que lo desnudaban, que exploraban su mente y que era inútil oponer resistencia. Se sintió muy cansado, agotado de aguantar, de aparentar normalidad, de

3. Para conocer el final completo del relato de la anciana, [lee 'Eduarne', en la página 67.](#)

apartar la mirada, de no querer reconocer que su vida había quedado hecha añicos unos meses atrás.

– Mi hijo murió en un accidente de tráfico hace medio año.

La anciana, sin dejar de mirarle a los ojos, sin decir palabra, apartó los gatos de su regazo, se acercó a él y le ofreció un abrazo más reparador que la más potente de las medicinas.

14. El desahogo

“La vida es una mierda. Sí, sé que no descubro nada nuevo. Lo escribo para reafirmarme en ello. Es un estercolero del que los miserables no podemos escapar. Lo tienen todo muy bien montado para que vivamos con la falsa ilusión de que es posible, pero la puta verdad es que no. Cuando una cree que existe una pequeña opción de sacar el cuello de la ciénaga, la realidad se manifiesta con toda su crudeza para recordarnos cuál es el lugar que nos corresponde. Y aquí estoy, quejándome amargamente de que por culpa de un maldito individuo al que le sale la pasta por las orejas, uno de éstos para los que una mujer de la limpieza no es más que un ser inferior sin permiso para pensar, que debe limitarse a limpiar la basura que los ricachones como él dejan caer..., por culpa de ese capullo he perdido mi trabajo de mierda. Porque he tenido la osadía de mirarle a la cara, y ya se sabe que los esclavos no deben mirar a la cara de sus amos.

No he podido contenerme. Es algo que me supera. Hace unos años me habría callado. Habría asumido que la realidad es así. De hecho, ni siquiera me habría planteado la indignidad que supone que un tipo hable de millones como quien habla de caramelos. Pero ahí estaba él, despidiendo a un subordinado por teléfono porque había fracasado una operación millonaria en la Bolsa. Sin inmutarse, entre sorbo y sorbo de cava del que cobran a cien euros la botella. Él, por supuesto, lo tenía gratis, como merecen los buenos viajeros VIP. Es una cuestión de clases, de categoría humana: los ricos son buenos y requieren de los servicios más exclusivos; los pobres somos escoria que debemos satisfacer sus necesidades. Y si la escoria se rebela, a la puta calle.

¿Pero sabéis qué? Esta vez no voy a volver a caer hasta el fondo de la ciénaga. Me voy a mantener a flote y voy a seguir braceando con la idea tozuda de salir de ella. Me he rebajado demasiadas veces, he permitido que me ninguneen demasiado tiempo, he recibido demasiadas bofetadas, y me ha costado demasiadas lágrimas darme cuenta de que merezco vivir dignamente. Limpiando la mierda de los demás sentía que, más allá de lo desagradable del trabajo, me estaban pisoteando.

Estoy harta de que me traten como a una cucaracha. Y lo que tengo que deciros hoy aquí es que no debéis permitir que nadie lo haga. No sois escoria. Sois personas con inquietudes y deseos, y lo mínimo que deberíamos esperar del mundo en el que vivimos es que se nos permita soñar con llevarlos a cabo. Yo voy a hacerlo. Y, para empezar, voy a buscar a ese tipo indecente para presentároslo, para que pongáis cara a la indignidad que dirige el mundo. Seguro que conocéis montones de ejemplos, no sólo los que nos vienen a todos a la cabeza, sino de experiencias personales. Os invito a que los compartáis.

Por cierto, si los tipos forrados de pasta son despreciables, mucho peores son los gusanos complacientes que se arrastran a sus pies. Os presento a uno, mi exjefe, un gilipollas integral”.

Lorena sintió una sensación de alivio muy liberadora cuando pulsó en ‘Publicar’. Sabía que ilustrando el post con la foto de su exjefe podía buscarse problemas, sobre todo por la descripción que la acompañaba, pero había tomado una decisión: decir y hacer lo que le viniera a la cabeza sin pensar en las consecuencias. Actuando de la forma como se supone que deben hacer las personas prudentes y obedientes no le había ido nada bien, así que ¿por qué no mandar a todos los que se lo merecieran a tomar por saco?

Otras vidas auestas

El vendedor

Miguel Luján era representante en España de la firma italiana que fabricaba las prestigiosas máquinas de café Astoria, presentes en establecimientos hosteleros de todo el mundo. Su carácter afable y su sonrisa contagiosa le habían abierto muchas puertas y le habían ayudado a progresar profesionalmente, hasta el punto de ser uno de los empleados mejor valorados por la compañía y el más veterano de todo el departamento comercial. Treinta años de fidelidad y dedicación máxima. Treinta años de duro trabajo, de un trabajo que era su vida, no por vocación, sino porque viajar de aquí para allá vendiendo máquinas de café era lo que mejor sabía hacer. En realidad, prácticamente era lo único que había hecho desde aquel día en que su tío Julián lo había llevado con él, recién cumplidos los dieciocho, a que viera cómo era eso de ganarse el pan.

A Miguel le habría gustado escribir novelas como las de Agatha Christie. Se le daba bien inventar historias policíacas, con tramas misteriosas de resolución incierta, pero desde aquel día en que acompañó a su tío, los blocs donde las escribía ya no salieron más del cajón del escritorio.

Treinta años después seguía dejando volar su imaginación desbordante durante las largas horas al volante, pero aquellas historias acababan perdiéndose entre los recuerdos.

El vendedor no tenía hogar. Lo más parecido a uno era el viejo Mercedes que conducía. Comprado en los años de bonanza, ahora, con cerca de 300.000 kilómetros acumulados, empezaba a pedirle una merecida jubilación. Pero Miguel Luján le tenía cariño y para posponer la decisión se decía a sí mismo que no era el momento de comprar otro coche, que no podía permitirse uno nuevo y que jamás encontraría uno de segunda mano que se acercara siquiera a las prestaciones de su Mercedes. Así que iba tirando con él, haciéndole pequeñas reparaciones, cada vez más frecuentes, hasta que llegara el día en que dijera basta.

Aquel coche era su principal herramienta de trabajo, casi su hogar y lo más cercano a un amigo que tenía. Hubo un tiempo en el que

disfrutó de un hogar de verdad y de una familia real. A los veinticinco años se casó con Isabel, una asturiana que trabajaba de camarera en un restaurante de Llanes donde solía parar siempre que iba por el Norte. Les vendió una de las joyas de Astoria, no una máquina de café cualquiera, sino “la” máquina de café, la que todo hostelero querría pero que sólo unos pocos se aventuraban a permitírsela, y después de aquello se “llevó” a Isabel. Cuatro años menor que él, la joven quedó cautivada por la simpatía y la hipnótica y ocurrente labia de aquel hombre elegante que, tan joven, ya había viajado por toda España y que únicamente con la palabra era capaz de convencer a un tipo tan agarrado como Ramón de que invertir una fortuna en una simple máquina de café era el mejor de los negocios.

Miguel, que por aquel entonces ganaba un buen sueldo gracias a las jugosas comisiones que conseguía por colocar las mejores Astoria, convenció a Isabel de que dejar su empleo para dedicarse a “sus labores” era lo mejor que podía hacer, que con sus ingresos vivirían los dos — y los que vinieran — bien. Además, servir mesas y recogerlas era un trabajo muy sacrificado y con poca recompensa. A Isabel no le costó mucho dejarse convencer, y durante los primeros años de vida en común todo fue rodado. Compraron una casa en Llanes, cerca de sus padres, tuvieron dos hijas preciosas y sanas, y Miguel, que no pasaba fuera más de dos días seguidos, podía permitirse permanecer junto a su familia el tiempo suficiente como para tener la sensación de estar disfrutando de ella.

Llego el día, sin embargo, en que vender máquinas de café empezó a ponerse difícil. Las de gama alta se resistían cada vez más. Quienes se las podían permitir ya tenían una. La competencia crecía y, por tanto, los precios y el margen de negocio bajaban. Miguel tenía que invertir más horas para mantener el mismo nivel de ingresos, así que comenzó a ser habitual que pasara varios días, incluso semanas enteras, fuera de casa.

Isabel se mostró comprensiva ante la nueva situación, confiando en que fuera un bache pasajero, pero cuando además de a su marido empezó a echar en falta el dinero que no ganaba, las cosas empeoraron. Ella y las niñas se habían acostumbrado a un tren de vida que requería cierto nivel de ingresos, pero Miguel ya no se lo podía proporcionar.

A Isabel no le faltaban pretendientes. Hijos de buena familia que tenían el dinero por castigo y, por tanto, no necesitaban perder el

tiempo trabajando. Si acaso, algún negocio por aquí y por allá para seguir acumulando cifras en las cuentas bancarias. Hizo buenas migas especialmente con el padre de una amiga de su hija mayor, Rosa María, a la que acompañaba a las clases de tenis. Abogado divorciado, buena planta, lo suficientemente inteligente para saber sacarle el jugo a la vida sin esforzarse más allá de lo estrictamente necesario. Un buen día, al regresar a casa, Miguel se encontró con la frialdad de su esposa y los papeles del divorcio.

La separación fue “amistosa”. El abogado preparó un acuerdo que el vendedor no podía rechazar: la casa para ella, el coche para él, sin cargas económicas que atender y dos fines de semana al mes con las niñas. El día de la firma Miguel selló el documento con una de sus sonrisas, aunque por dentro estaba roto y su cerebro continuaba dándole vueltas a la situación, sin entender qué había pasado. Se despidió con dos civilizados besos de su ya exesposa y con un civilizado apretón de manos del usurpador de su hogar. Aquella misma mañana había acompañado por última vez a sus hijas al colegio, una concesión del amable abogado. Las abrazó y se despidieron con un “nos vemos pronto” y una sonrisa, aunque en su interior Miguel notara un mar de lágrimas. ¿Cuándo habían dejado de sentir que aquel hombre era su padre? Probablemente para ellas la situación no cambiaba demasiado. La realidad era que más o menos seguirían viéndose con la misma frecuencia.

Miguel se montó en el Mercedes y reanudó su ya definitiva vida nómada. Ni siquiera se molestó en buscar una nueva vivienda. Todo lo que tenía en la casa de Llanes cabía en dos maletas, que lo acompañarían en su deambular de restaurante en restaurante, de hotel en hotel, de pensión en pensión, siempre con la sonrisa a punto.

La bruja

A Edurne la encarcelaron el mismo día que mataron a su marido. Su único consuelo fue saber que no habían podido atraparlo vivo. Por mucho que exhibieran el cadáver en la plaza principal del pueblo para que los buenos vecinos lo apedrearan, le escupieran o hicieran lo que quisieran con él, aquél ya no era Aritz. Nada de lo que le hicieran a aquel trozo de carne que colgaba en el cadalso infame podía causarle dolor alguno.

El destino de Aritz estuvo escrito desde el día en que los fascistas entraron en Elizondo. También el de ella. Ambos lo sabían, así que decidieron continuar luchando por su libertad ocultos en los insondables bosques del Baztán. Él se unió al maquis con la esperanza de llevarse por delante a unos cuantos malnacidos antes de que la muerte viniera en su busca. Edurne se fue con él. Una “bruja” no tenía oportunidad alguna entre aquellos asesinos de conciencias, y no estaba dispuesta a doblegarse ante la barbarie que decía estar guiada por la mano de Dios. No faltarían voluntarios en el pueblo que la delatasen con la esperanza de ganarse así una existencia indigna. Sabía que de repente tantas súplicas para que utilizase su “magia” para curar, tantas noches en vela, tantas vidas salvadas y las consiguientes alabanzas y muestras de agradecimiento perderían todo valor. Aquellas gentes supersticiosas e incultas harían cualquier cosa por salvar el pellejo. No todas, claro, pero bastaba con que alguien diera su nombre: “Edurne, la bruja”.

Poco tenía que ver con la magia y la brujería lo que ella hacía. Si acaso, eran las plantas, los minerales, los frutos de aquella tierra sabia, que lo era por ser hija de la más sabia de las madres, la naturaleza, los que curaban y procuraban el bienestar gracias a un inmenso e indescifrable poder. Su único mérito había sido aprender a interpretar una mínima parte.

El día del asalto Edurne no tuvo valor para quitarse la vida. La Guardia Civil los sorprendió en su refugio justo al amanecer. Las órdenes del mando militar eran capturar al mayor número posible de

“bandoleros” con vida, pero con la primera andanada de disparos cayeron varios hombres. Aritz y otros cinco consiguieron armarse y oponer una feroz resistencia antes de ser alcanzados por las balas o, peor aún, capturados. Vendieron cara su derrota: mataron a ocho de los asaltantes y obligaron al resto a acabar con ellos, ya que en ningún caso permitirían ser apresados.

Solamente sobrevivieron dos mujeres, las únicas que no habían sido capaces de apretar el gatillo en el momento oportuno. Edurne no temía a la muerte, pero cuando tuvo que haber dado el paso algo se lo impidió. Pronto se arrepentiría.

Que la raparan al cero con un machete, que la insultaran, le arrancaran la ropa y la golpearan por todas partes no fue lo peor. Ni siquiera ser violada repetidamente por aquellos salvajes que descargaban toda su furia y frustración sobre ellas lo fue. Lo peor fue sentir una impotencia absoluta para impedirlo. Amaia no lo soportó y acabó muriendo sobre un charco de sangre. Edurne nunca entendería por qué ella sobrevivió.

Cuando llegaron al pueblo colgaron los cadáveres y a ella la ataron con una cadena junto al cuerpo que había pertenecido a su compañero. Apenas tenía fuerzas para entreabrir los párpados y escuchar como en sueños los comentarios jocosos de los asesinos; también para percibir las miradas huidizas, avergonzadas, de quienes habían sido sus vecinos, incluso amigos.

A medianoche la encerraron en una celda del cuartel de la Guardia Civil. No volverían a tocarla, suponía que a causa de la repulsión que debía de provocar su aspecto grotesco. Perdió la noción del tiempo y durante días estuvo tirada sobre el suelo frío, húmedo y sucio, delirando, abandonada toda esperanza. Pero no murió, y nunca supo por qué no la ejecutaron.

Unos días después la asearon, le proporcionaron ropa razonablemente limpia y la llevaron ante un tribunal militar, que la condenó a cadena perpetua. La trasladaron a la cárcel de Pamplona, donde sobrevivió al inhumano sonido de las ejecuciones sumarias de los primeros años, hasta completar dos décadas. Un buen día la llevaron ante el alcaide y éste le comunicó que ya era libre.

Edurne nunca sabría que un ilustre vecino de Elizondo, con muy buenos contactos dentro del régimen, a cuya familia había atendido durante años, igual que anteriormente lo habían hecho su madre y su abuela, había intercedido por ella, primero evitando la pena de

muerte y luego reduciendo la condena. Un “buen” cristiano que de esa manera limpiaba su conciencia.

Con cuarenta y siete años, tenía toda una vida por delante. ¿Qué iba a hacer con ella?

Cuando Edurne salió de la cárcel no tenía nada, ni siquiera ganas de vivir. Los últimos veinte años los había pasado como un alma en pena, pero si no había sido capaz de quitarse la vida cuando tuvo que hacerlo, cuando habría tenido sentido hacerlo, ahora debía aceptar la condena por su cobardía.

La soltaron, pero no le dijeron qué hacer a partir de entonces. Estaba sola y perdida, en medio de una ciudad que no conocía, lejos de su casa, donde sospechaba que se encontraría igual de sola y perdida.

La mañana soleada de junio en que quedó libre se puso a andar hasta llegar a un parque donde había animales en un foso que recorría todo el perímetro. Se sentó en un banco para observar a los patos y las ocas y al poco rato se le acercó un famélico gato negro tan solitario y perdido como ella, que se le enroscó en las piernas. Aquel sencillo gesto de solidaridad animal significó para la mujer descubrir un motivo por el que empezar de nuevo. Cuidar al gato sería su primera misión.

Durante semanas estuvo vagando por Pamplona, pidiendo caridad en las tiendas, rebuscando en la basura, soportando los desprecios de los ciudadanos respetables, la indeferencia de los miserables como ella y el maltrato de los agentes del orden, que parecían divertirse insultándola y golpeándola. Toda su preocupación, sin embargo, era que no le hicieran daño al gato; toda la violencia que pudieran ejercer sobre ella quedaría muy lejos de cualquiera de las horribles experiencias que había tenido que soportar desde aquel infame día de octubre de 1942.

El único alimento que podía ser calificado como tal lo conseguía en el comedor de la beneficencia, pero a la segunda semana de presentarse cada mediodía en busca de una ración de comida caliente le negaron la entrada por insistir en querer colar al gato. Los primeros días las monjas no se dieron cuenta, pero los maullidos del hambriento animal acabaron por delatarlo. Le advirtieron que no podía volver a entrar con él, pero Edurne insistió, de modo que la segunda vez la echaron del comedor y le prohibieron volver. Regresó un par de veces más, con la esperanza de que algún usuario tuviera un corazón lo suficientemente cristiano como para conseguirle algo que llevarse a la boca y que compartir con su gato. Pero la esperanza se esfumó con la misma velocidad que fue concebida. A aquellos miserables despreciados

por la sociedad la cristiandad les importaba en la medida que les proporcionara alimento y un techo bajo el que guarecerse. Corazón tenían el justo para que les bombease la sangre que recorría sus venas.

Eduarne decidió regresar a Elizondo. Si allí también era recibida como una pordiosera despreciable por lo menos podría vivir en el bosque que ya había sido su hogar. Así que se puso a andar, con el gato pegado a sus pies. Un par de días después eran tres los felinos que la acompañaban. Al quinto día llegó al pueblo y de su cerebro brotaron a borbotones los recuerdos que durante años le habían parecido producto de alguna pesadilla infame. Sentada en aquella plaza se vio a sí misma, una criatura indefensa, irreconocible por la violencia salvaje que habían descargado sobre su cuerpo, tirada en el suelo, atada a un poste del que colgaba el cuerpo inerte de su compañero... ¿Había existido realmente Aritz? ¿Habían combatido realmente a los fascistas desde su escondite en el bosque?

Paseó la mirada por el entorno y sólo percibió indiferencia, alguna mirada curiosa, pero nadie desde luego que la reconociera. Permanecer allí le provocaba un dolor intenso que no había sentido en veinte años. Se sentía una extraña, como si el propio lugar la considerara una presencia hostil que había llegado para rescatar del olvido recuerdos que nadie quería rememorar. No le dio tiempo a marcharse por su propio pie. Antes de poder hacerlo llegó una pareja de guardias civiles. Aquel uniforme era para ella sinónimo de violencia y muerte, de la maldad más cruel. Al verlos, su mente activó el mecanismo del recuerdo y reaccionó con espanto. Se puso a chillar sin poder controlarse. Volvía a sentir la brutalidad en su cuerpo, los golpes, las embestidas, las risas salvajes... Esta vez no la golpearon ni la violaron, pero sí la apresaron y la lanzaron contra el frío suelo de un oscuro calabozo. "¡Aquí vas a pasar la noche, para que aprendas, pedazo de loca! Y mañana te largas, que en este lugar no queremos a sucios mendigos".

Eduarne recuperó las sensaciones vividas veinte años atrás. Estaba segura de hallarse sobre el mismo suelo donde la abandonaron entonces sin que nadie esperara que sobreviviera. La pesadilla era muy real. Fue entonces cuando derramó las lágrimas que llevaban dos décadas esperando a salir.

Edurne

“La bruja ha vuelto”. La certeza se fue extendiendo por el pueblo. Eran bastantes los que todavía la recordaban, los que estaban en deuda con ella. Supersticiosos y miedosos como eran, creían que había vuelto para vengarse. No podían permitirlo, de modo que había que echarla de allí. Aquélla no era ya su casa; allí no quedaba nadie que la echara de menos. Pero ¿cómo hacerlo? Ella conocía muy bien aquellos bosques sobre los que se contaban tantas historias, no sería fácil encontrarla y hacerle entender que debía marcharse. ¿Y quién iba a hacerlo?

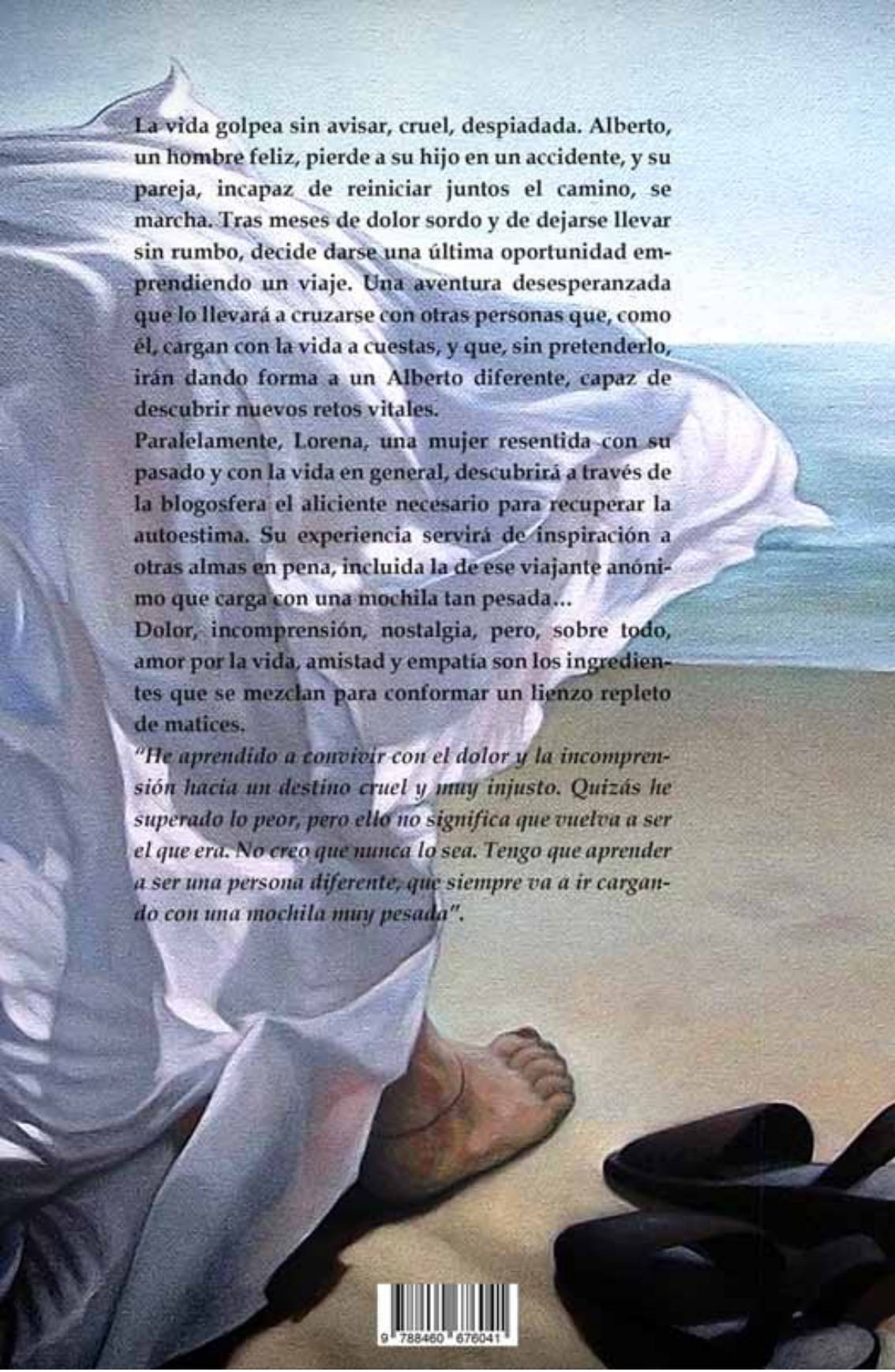
El miedo. Una vez más el miedo dominaba los instintos. El miedo que paraliza es malo, pero es mucho peor el que saca la parte menos humana de las personas, el que las lleva a reaccionar de manera ruin y las insensibiliza al dolor ajeno. Aquella mujer formaba parte de un recuerdo que nadie quería recuperar, así que si ella desaparecía también lo haría un pasado perturbador.

Durante las dos primeras semanas las cosas se mantuvieron tranquilas. Edurne, “la bruja”, vivía en paz en el bosque junto a sus gatos, que se le acercaban en número creciente. Un día empezó a notar que la espiaban. Era más de una persona, y a horas diferentes. Al principio sólo observaban, pero pronto empezó el acoso. Le lanzaban piedras, desaparecían cosas... Pero el asunto se puso realmente feo cuando una mañana se encontró con un gato muerto colgado de una rama y con una nota clavada que decía: “Lárgate, bruja”.

Edurne sabía que eran sus propios vecinos quienes la echaban. Aquellos seres cobardes que ya habían olvidado por completo todo lo que hizo por ellos tantos años atrás. Pero decidió quedarse. Tarde o temprano tendrían que dar la cara. No lo hicieron. No los vecinos. Igual que veinte años atrás, fueron los grises quienes se encargaron del trabajo sucio mientras los cobardes se tapaban los ojos, la boca y los oídos. Aparecieron de madrugada, deslumbrando con sus linternas, asustando con los ladridos rabiosos de sus perros, disparando al aire. Edurne se despertó sobresaltada, y otra vez re-

memoró el pasado. No tenía miedo, no, estaba aterrorizada. Agarró a Carbón, el gato que dormía junto a ella, y salió de allí corriendo. Por nada del mundo permitiría que volvieran a hacerle lo mismo que aquella otra mañana.

En esta ocasión, sin embargo, se conformaban con asustarla lo suficiente como para que se marchara de allí para siempre. Y lo consiguieron.



La vida golpea sin avisar, cruel, despiadada. Alberto, un hombre feliz, pierde a su hijo en un accidente, y su pareja, incapaz de reiniciar juntos el camino, se marcha. Tras meses de dolor sordo y de dejarse llevar sin rumbo, decide darse una última oportunidad emprendiendo un viaje. Una aventura desesperanzada que lo llevará a cruzarse con otras personas que, como él, cargan con la vida a cuestas, y que, sin pretenderlo, irán dando forma a un Alberto diferente, capaz de descubrir nuevos retos vitales.

Paralelamente, Lorena, una mujer resentida con su pasado y con la vida en general, descubrirá a través de la blogosfera el aliciente necesario para recuperar la autoestima. Su experiencia servirá de inspiración a otras almas en pena, incluida la de ese viajante anónimo que carga con una mochila tan pesada...

Dolor, incomprensión, nostalgia, pero, sobre todo, amor por la vida, amistad y empatía son los ingredientes que se mezclan para conformar un lienzo repleto de matices.

"He aprendido a convivir con el dolor y la incomprensión hacia un destino cruel y muy injusto. Quizás he superado lo peor, pero ello no significa que vuelva a ser el que era. No creo que nunca lo sea. Tengo que aprender a ser una persona diferente, que siempre va a ir cargando con una mochila muy pesada".



9 788460 676041